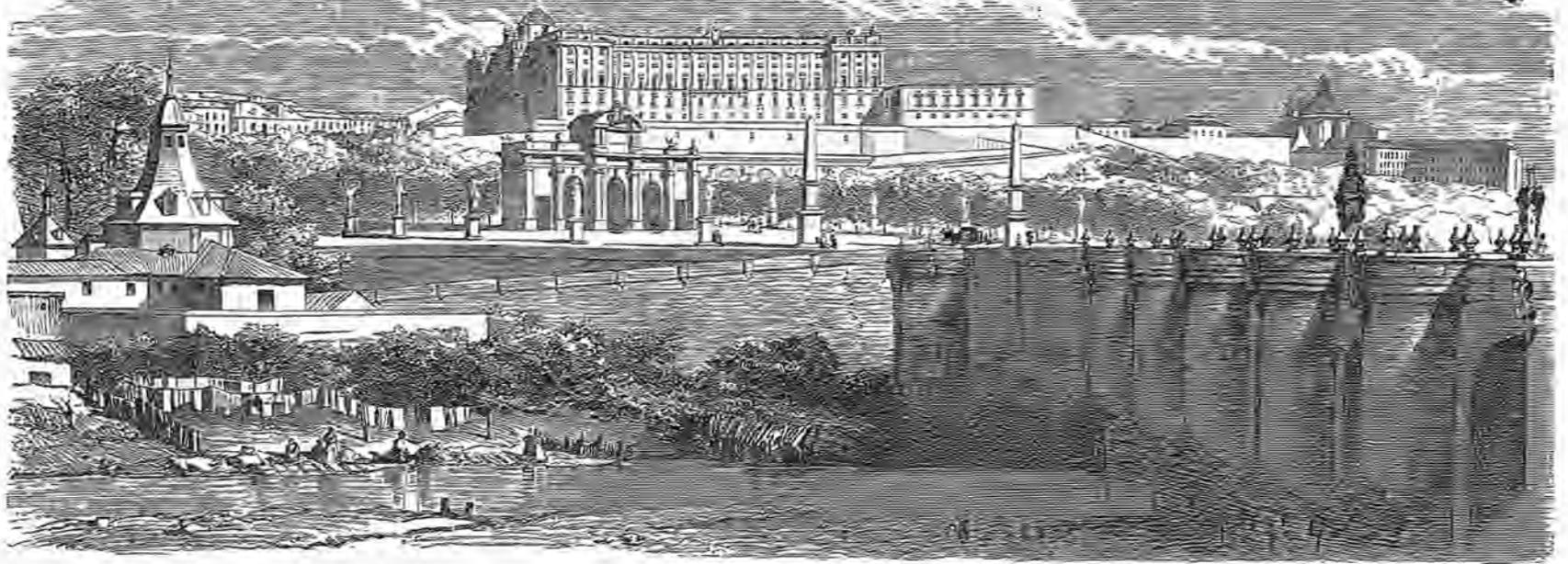


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID, 27 DE ENERO DE 1870.

NÚM. 2.º

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—Conferencias de la Universidad, por D. Francisco M. Tubino.—Madrid ha muerto, por D. Jose Fernandez Bremon.—D. Juan de Dios Polo.—Lápida monumental dedicada á la memoria de Miguel de Cervántes Saavedra.—Antigüedades prehistóricas: Cartas acerca de algunos nuevos descubrimientos, por D. Manuel de Góngora.—D. Eugenio Montero Rios.—Las Galas de Madrid. *Un drama oculto de Lope*, por D. Antonio Hurtado.—Las cañoneras españolas.—Pedro Bonaparte y Victor Noir.—El busto de nieve, soneto por Campoamor.—La Picota de Ocaña, por D. Gustavo Adolfo Becquer.—El casino y el café de la Iberia, por D. Carlos Navarro y Rodríguez.—El capital y el trabajo. Elogio contemporánea, por D. Luis de Eguíluz.—Teatros, por don Antonio Sanchez Perez.—Salones, por D. R. Chico de Guzman.—Habitantes de la Nubia, recuerdos de la expedicion al Istmo de Suez.—El Hogar, por D. Ricardo Blanco Asenjo.—Biblioteca de Autores Españoles: Poetas liricos del siglo XVIII, por D. G. Becquer.—GRABADOS.—D. Eugenio Montero Rios, dibujo de D. A. Perea.—Habitantes de la Nubia, dibujo de D. Antonio Gisbert.—Lápida monumental, dibujo de D. Valeriano Becquer.—La Picota de Ocaña, dibujo de D. Valeriano Becquer.—Las cañoneras españolas, dibujo de D. R. Montleon.—Modelo del cañon Ericsson, dibujo de D. R. Montleon.—Objetos prehistóricos.—D. Juan de Dios Polo, dibujo de D. José Vallejo y Galeazo.—Pedro Bonaparte y Victor Noir, dibujo de D. José Vallejo y Galeazo.—Jeroglífico.

ECOS.

¡Quince dias más! ¡Quince dias ménos! Hé aquí con relacion á ti y á mí ¡oh lector caro! lo que hay entre el primero y el segundo número de LA ILUSTRACION DE MADRID.

¡Cuán breve es la humana vida! Han exclamado uno por uno todos los filósofos, desde Platon á Sanz del Río. ¡Cuán fugaz, cuán rápida huye nuestra existencia!

Sin embargo, si en vez de ser el destino el regulador de la vida del hombre pudiera éste disponer de su existencia y abreviarla á su capricho, ¡cuánto más breve, y fugaz y rápido no sería el paso del hombre por la tierra!

Estos quince dias se hubieran quedado entonces reducidos á breves horas para algunos, á pocos segundos, á nada, quizá, para muchos.

El soldado suprimiria las horas de ejercicio y las que se pasa yendo y viniendo, halado en invierno, abrasado en verano, á la puerta del cuartel en pesada centinela: el empleado las horas en que hace como que despacha los expedientes: la patrona de huéspedes las en que debiera servir á sus víctimas el pan tradicional del pupillage, más negro que el de la emigración y más duro que las cadenas de la servidumbre: el presidiario los momentos, y los dias, y los años que han de pasar antes que recobre su libertad querida: la bella el espacio de tiempo que falta para su boda: el galán los instantes que tarda en poseer á la reina de sus amores. Y toda la humanidad borraría tan

afanosa los capítulos escritos por la tristeza, ó el hastío, ó el dolor en la novela de su vida, que vivir y morir fuera entonces un solo punto para muchos.

Dejad al hombre la llave del reloj de su existencia, y todo el día le vereis dando cuerda y adelantando las manecillas.

Sin embargo, por muy larga que al hombre se le haga la vida en ocasiones, hay otras en que el prójimo se encarga de probarle que en realidad la existencia es muy breve.

Muéveme á formular esta consideracion algunas líneas impresas que tengo ante mis ojos, y en las cuales se da noticia del saludable invento de Mr. Beidi, de Berlin, el cual es autor de una máquina *ametralladora* adoptada ya por el ejército bávaro. ¡Soberbia máquina que hace doscientos disparos en treinta segundos!

Hay pasiones que parecen transformar al hombre y apartar de él sus sentimientos naturales. La ambicion, los celos, la ira, la avaricia producen en él singulares fenómenos.

Pero ninguna de estas pasiones cambia la naturaleza del hombre tanto como el amor á la ciencia.

¡Libreos Dios de ser amigos de un sabio, de un botánico, de un médico, de un arqueólogo, por ejemplo: son los más temibles enemigos de la humanidad, y si no fuese por el Código penal, serian sus verdugos.

Suprimid ese Código, y el botánico, sin escrúpulo alguno, probará en vosotros los efectos de una yerba venenosa, y el médico os hará la anatomía en vida para sorprender el misterio de las funciones del organismo humano en plena actividad, y el arqueólogo arrasará las flores de vuestro jardín ó las mieses de vuestro campo para buscar en ellas los restos de una soñada ciudad fenicia.

¡Qué sabio es comparable, sin embargo, con el hombre de ciencia que se entrega á la terrible pasion de la mecánica!

Para éste no hay humanidad, ni religion, ni amor al prójimo, ni nada. Y si vuestra madre os parió de ruin estatura, y no habeis crecido gran cosa desde entonces, y le preguntais si puede en su gran poder haceros buen mozo, os dirá que sí, y colocándoos sin enternecerse entre dos rodillos metálicos, os dejará más largo y estrecho que el camino de la gloria.

Para el mecánico es indiferente que su invento lleve, como la locomotora, la felicidad y la vida á los pueblos, ó que, como la *ametralladora*, lleve el espanto y la muerte. Una y otra máquina son para él lo mismo; un problema científico. ¡Si el sol un dia estorba á un mecánico cualquiera y éste encuentra el medio de apagarle, misera humanidad, te quedas á oscuras!

Ya saben Vds. que se ha formado una empresa con objeto de extraer del fondo del mar, en Vigo, los galeones que venian de las Indias con dinero y que en Octubre de 1702 se sumergieron incendiados, ó que barrenaron nuestros marios para que no cayesen en poder de



D. EUGENIO MONTERO RIOS.

la armada anglo-holandesa que en persecucion de los mismos venia de Cádiz.

Perdióse allí una inmensa riqueza en oro, plata y mercancías.

El salvamento de los galeones parece que se lleva á cabo con felicidad y que los socios de la empresa obtendrán grandes utilidades.

¡Las olas de siglo y medio han pasado sobre el oro y los huesos de la flota de las Indias perdida en las profundidades del mar; uno y otros parecían haber hallado su último lecho; uno y otros yacen allí, donde no llega ni el furor de las tempestades cuando se turba y extremece el seno de las aguas!

Pero ¿dónde se esconderá el oro que no llegue en su persecucion la mano codiciosa del hombre?

Indícale dónde hay tesoros y los hará suyos. Él, cernirá toda la arena del continente americano; él, bajará al fondo del mar sembrado de las riquezas de los naufragos.

Dícese que uno de los buzos que por cuenta de la citada empresa merodean en las aguas de Vigo, sacó en una de sus exploraciones una pella de mariscos. Con gran paciencia fueron separados los diversos crustáceos que la formaban, y al fin y al cabo se encontró, á modo de corazon de aquel cuerpo monstruoso, una pequeña moneda de oro.

Esa moneda ha vuelto ya á circular por el mundo; pero su suerte en la tierra es la misma que en el mar, porque no hay crustáceos ni pólipos, por pegadizos que sean, que se adhieran tan eficazmente como el hombre á una moneda de oro.

La sociedad madrileña se ha preguntado estos dias ¿estamos seguros? Varias percances ocurridos entre algunos transeuntes y otros tantos rateros, han dado gran oportunidad á esta pregunta.

Pregunta á la cual ha contestado el Gobernador de Madrid, dando, segun cuentan, una nueva organizacion á las fuerzas de que dispone, á fin de que el hombre no sea violentamente separado de su dinero. ¡Horrible separacion, más dolorosa aún que la de dos tiernísimos hermanos!

La propiedad es un robo. Desde que un gran pensador escribió estas palabras, confesó que los tomadores del dos me parecen gente muy ilustrada.

Yo, que en los ratos que no tengo que hacer me dedico á buscar la solucion de los grandes problemas filosóficos y sociales, me he dicho algunas veces: ¡Los discípulos de Mr. Proudhon, son muy crueles! ¡Nos niegan la posesion de la tierra que adquirimos con el sudor de nuestra frente, y nos dejan la propiedad de nuestras berrugas y de nuestros ojos de gallo!...

Recomiendo, sin embargo, al señor Gobernador que sea tolerante con los que atentan á la propiedad.

¿Quién sabe si acaso tendrán razon! ¿Quién sabe si realmente el producto de este artículo, por ejemplo, no deberá ser mio, sino de cualquiera de Vds. que no lo han escrito!

La propiedad es un robo. Hé aquí una frase que no ha sido inventada por un casero.

Un día, una lancha de pescadores bogaba perdida en los mares de la América del Norte, buscando la costa á través de las brumas.

Por fin, nuevo Colon, ¡tierra! exclamó un marinero. La barca se habia detenido por sí misma. Los que en ella iban, saltaron sobre una especie de promontorio curvo, negro y resvaladizo.

Allí descansaron algun tiempo, y despues, trayendo del barco unas pocas astillas pusieronlas en tierra, y, con gran trabajo, encendieron fuego.

En torno de la hoguera se hallaban agrupados cuando de pronto un terrible sacudimiento, seguido de bramidos espantosos, aterró á los pobres marinos. Faltó despues la tierra bajo sus plantas y desaparecieron entre remolinos de agua y hajo montes de espuma.

La isla que habian habitado era... ¡una ballena!

Y bien, me preguntareis ahora, ¿se ha repetido el caso por desdicha, durante estos últimos dias?

No; pero un hecho triste para nuestra patria ha despertado en mi extrañas ideas, y de una en otra se ha renovado en mi memoria el recuerdo de aquella singular aventura.

Como sin duda habeis tenido noticia, como algunos sabreis quizás por triste experiencia, en varios puntos de España y en otros países han ocurrido recientes temblores de tierra. No han sido grandes las desgracias;

pero han recordado al hombre, que como aquellos marineros de la América del Norte, vive sobre una creacion misteriosa, sobre un monstruo dormido en un océano de aire, que le deja edificar y sustenta en sus inmensas espaldas hogares, familias y naciones, hasta que un día, como la ballena de la anécdota, se extremece y escupe en el abismo hombres, edificios y pueblos!

Decid á los que han experimentado esos temblores de tierra, recientes aún en su memoria, que el mundo es una masa insensible. Ello es cierto; pero alguno os contestará tal vez que no os cree; porque, dirá, yo he sentido bajo mis piés las palpitations del mundo!

Un eminente médico francés opina que el decrecimiento de la dispepsia y de los padecimientos biliosos, es debido al aumento de consumo de manzanas.

Cree el facultativo en cuestion que esta fruta es un admirable profiláctico y tónico, así como un alimento muy nutritivo y de fácil digestion.

Respecto á lo de que la manzana sea un excelente profiláctico y un remedio contra la dispepsia y la bilis, nada digo; pero si afirmo que la manzana no es una fruta de digestion fácil.

Y me fundo en que la comieron nuestros primeros padres, y no pudieron digerirla.

El telegrafo nos anunció hace dias un acontecimiento que no carecia de importancia. Referíase á haberse declarado en *huelga* 10.000 obreros de las fábricas de ferreteria del Creuzot, en el vecino imperio; 10.000 hombres que renovaban una vez más la constante lucha del capital y el trabajo; 10.000 hombres que se habian levantado aquella mañana sin ganas de manejar las tenazas ni el martillo y que tomaban por oficio el de no trabajar en el suyo.

Por desgracia, el no hacer nada es una ocupacion carísima y sólo pueden tenerla los ricos. A espaldas de 10.000 obreros hay muchos millares de mujeres y de niños que gritan y levantan las manos pidiendo á sus maridos y á sus padres el sustento del día.

El torrente, pues, vuelve á su cauce al poco tiempo; sólo que vuelve á veces con las señales de la devastacion y con olas de sangre.

La ley de la naturaleza es el trabajo; la ley de Dios es la caridad. Mientras el hombre viva, ha de trabajar forzosamente; y en tanto que la humanidad exista debe existir también el amor del hombre para el hombre. Unid estas dos leyes, estableced con recto corazon las relaciones que se derivan necesariamente de ellas; confundidlas en un sólo precepto y habreis fundado la paz entre los pobres y los ricos; entre los que obedecen y los que mandan; entre los pequeños y los grandes.

Al proceso de Troppmann, concluido con el terrible punto final de la guillotina, ha seguido en los tribunales de Paris otro proceso no ménos ruidoso. El del Príncipe Pedro Bonaparte, matador de Víctor Noir.

Pedro Bonaparte dice que el joven redactor de *La Marseillaise* le dió un bofetón, al cual le contestó él con un pistoletazo. Fonvielle, sostiene que su amigo Víctor Noir fué quien recibió la bofetada.

Este proceso es un cuadro misterioso y extraño, en el cual sólo se destaca con claridad elocuente y terrible un hombre muerto.

El juez que instruye este proceso, preguntó á Pedro Bonaparte,

—Decid: ¿por qué en vez de disparar vuestro revolver contra Fonvielle, que os amenazaba con su pistola, hicisteis fuego á Víctor Noir que estaba desarmado?

—Lo hice así, contestó, porque debía atender á satisfacer mi honra más que á conservar mi vida.

¡Palabras dignas de la musa de Shakspeare! ¡Todo es singular en este proceso! ¡Hé aquí el criminal que aparece un momento más grande que la justicia!

Bailes en el teatro de la Opera; en la Zarzuela, en los Bufos; á espaldas del teatro de Lope de Rueda; en... ¡basta! Estos bailes se anuncian para el Carnaval, época fija, inevitable, de regocijo.

¡Felicices aquellos para quienes un baile de máscaras ofrece inagotables delicias, y escriben cada noche en el libro de memorias de su alma una nueva conquista, un nuevo amor alcanzado por la diplomática intervencion de un chocolate con media tostada!

La decadencia del arte coreográfico es, sin embargo, tan visible como digna de lamentarse.

Pasaron los tiempos en que se bailaba por entusiasmo; hoy bailamos... por cumplir; y de paso por abrazar, sin producir escándalo, á la mujer que nos gusta.

Este abandono, imperdonable en la tierra del *vito* y del *fandango*, de la *cachucha* y de los *zorricos*, precisa es confesarlo, constituye una gran falta de patriotismo.

Hasta los bailes de figuras, que ántes eran el adorno de un sarao, se han ido despojando de sus vueltas y círculos, y cadenas, y pasas y dibujos fantásticos, y están hoy reducidos á cuatro insípidas y desdeñosas cortesías, indignas de un ser civilizado.

Sólo la *habanera* recuerda un tanto la voluptuosidad de la coreografía española, pero sin su viveza y arrebatado.

No obstante, las habaneras obtienen gran éxito, y está muy admitida en sociedad esta manera de descabezar el sueño.

¿Quereis una prueba irrecusable de la decadencia del arte coreográfico? Pues sabed que en Barcelona hay un bailarín que baila el *Jaleo* de Jerez, y el *Paso* de la capa, *con una sola pierna*! ¡Oh profanacion! ¡Despertad vosotros, sombras de los gitanos y gitanas de Cádiz, Málaga y Sevilla, que formabais las delicias del siglo del peluquín y de la chupa y de la capa encarnada, despertáos y demostrad á ese bailarín incompleto que, para bailar un jaleo con gracia, apenas si bastan los dos piés y las dos pantorillas que nos dió Naturaleza!

Se ha formado en Francia una sociedad para investigar el paradero de la famosa cartera de Troppmann, en la cual se encuentran, segun éste, los nombres de sus cómplices.

El objeto de esta asociacion se reduce, por lo visto, á encontrar la cartera, leer los nombres en cuestion y ahorcar á los que los llevan.

¿Y luego dirán que no hace progresos la *filantropía*!

¿Sabeis cuál es el color más bello entre todos los colores?

Pues el más bello color es el que está de moda.

¿Y sabeis qué color es el que viste hoy esta deidad caprichosa?

Pues el color de su vestido es el del *vino de Burdeos*. Y como este color se ha generalizado y como la figura del traje femenino favorece la ilusion, si alzaís la vista hácia un balcon lleno de apuestas damas, creereis ver un cesto de botellas, y si vais al teatro se os figurará que teneis delante el escaparate de una gran tienda de vinos.

Entró en cierta reunion una dama de larga y curiosa historia. Vestía un traje de color de *vino de Burdeos*.

—¡Hermoso traje! Exclamó un caballero, y volviéndose hácia una su amiga, añadió: ¿Qué color es ese?

—Páreceme, contestó la interpelada, con alguna aspereza, que es el del rubor, que se la ha caido del rostro y se ha quedado en la falda de su vestido.

Histórico.

Si vais á cualquier tertulia de tono, vereis, sin duda, encima de algun velador, una especie de gigantesca perinola, cuyos brillantes colores al combinarse en rápidas vueltas encantan y fascinan los ojos.

Es el *peón ramaleón*, que ha reemplazado en sus inofensivas funciones á las antiguas *mesas giratorias* y á la *question romana*.

Miradle, y os parecerá una maravilla científica. Estudiadle, y os avergonzareis de haberos maravillado.

Es el Rey, el Júpiter de los peones.

Y sobre todo, es el peón que más cuesta y que más tiempo anda.

Salva, por su puesto, en ambos casos, la supremacia de esos otros *peones*, no tan manuales, que se conocen bajo la denominacion oficial de *Peones... Gamineros*.

Correr patines, en Rusia, en Holanda, en Noruega, por ejemplo, no es correr, es volar.

En España, *correr patines*, ni siquiera es andar. Es, llegar al Retiro, montarse en dos alambres, ponerse derecho sobre el hielo del *lago*, resbalar y caer. Es, salir de casa con dos piernas y volver sóloamente con una y pico.

¡Au revoir!

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CONFERENCIAS DE LA UNIVERSIDAD.

Quebrantar y romper los lazos en que los Gobiernos cohibían las facultades del hombre, y no educar á éste de modo que practique estrechamente sus deberes y tenga conocimiento exacto de lo que significan y presuponen sus derechos, constituye un error de monta, cuyas consecuencias pueden ser muy funestas para la libertad y el orden. Nada tan precioso, necesario é indispensable para los que aspiran al título de ciudadanos libres, como la educación que consiguió lleva implícita la cultura de los afectos y la cultura de la inteligencia. A medida que el hombre se emancipa, crece la necesidad de que sepa gobernarse á sí propio, sin cuyo requisito podrá acontecer lo que ya presentía el profundo Fichte al emitir sus consideraciones acerca de la Revolución francesa. «No saldrán los hombres de los calabozos del despotismo, decía, sino para destrozarse mutuamente con los restos de sus cadenas.»

Y si esto es evidente respecto al hombre, en cuanto á la mujer puede y debe aplicarse, resulta de una exactitud incontestable. La obra de la civilización no adelanta sin el auxilio de la parte más delicada, pero al mismo tiempo más sensible del género humano. No se concibe al hombre sin la mujer, y la sociedad se levanta toda entera sobre la sólida base de la unión voluntaria de dos seres de sexo distinto, atraídos por los poderosos móviles de sentimientos fuertemente arraigados en el fondo de nuestra naturaleza. Cuando llegue el momento de que la razón domine todas las voluntades y bajo todos los climas, hombre y mujer aparecerán como una unidad moral indivisible, y foco de luz que á la manera de faro esplendoroso habrá de iluminar y esclarecer los múltiples caminos de la vida.

Es la educación á la mujer, lo propio que al hombre, una revelación augusta que, mostrándonos el ideal de la existencia, fija nuestro destino, fortalece nuestra dignidad y formula nuestras esperanzas. Suprimid la educación y se hará la más oscura noche en la conciencia. El talento se apoya, es cierto, en disposiciones y aptitudes naturales preexistentes, se robustece al contacto con hechos é influencias exteriores, más está contenido por completo en la educación.

En nuestros días parece haberse comprendido toda la importancia del elemento femenino en el desarrollo del verdadero progreso. Las relaciones entre el hombre y la mujer, el triste estado de ésta cuando la necesidad la convierte en obrera, sus derechos, su moralidad, su porvenir, son temas ámpliamente ventilados en aquellos países donde las revoluciones políticas han puesto á la orden del día los graves problemas de la organización social. Nótese, al fin, que no avanzamos solos hacia los horizontes de lo futuro, sino que tenemos una compañera, cuya suerte, cuyos intereses están íntimamente ligados á los nuestros. «Lo que es verdadero del hombre al hombre, escribe Pelletan, es verdadero del hombre á la mujer. El uno difiere del otro, tanto por la química intelectual del cerebro, cuanto por la curva geométrica del cuerpo; si bien esta diversidad de naturaleza no implica más, para el uno y para el otro, que una diversidad de funciones. Es el principio de la división del trabajo. Tiene el hombre la fibra más energética: que sufra los rigores de la intemperie. Tiene la mujer la fibra más delicada: que guarde el hogar y el perfume de su poesía. Y así resultará unidad de destino, diversidad de funciones, y en definitiva, el hombre y la mujer en su misteriosa armonía.»

Pero para que la mujer sea la sacerdotisa del santuario doméstico, forzoso es que conozca en toda su extensión los deberes que la ligan al hombre y á la prole, y los derechos que como cónyuge y como madre le otorgan la moral y la justicia. Nada más bello que la mujer cuando la enaltecen las gracias de la virtud; nada tan magestuoso como la matrona cuando desde el alto solio de la familia guía los instintos de aquellos retoños que quizás con el tiempo traerán á la patria días de júbilo y de gloria. Muchos se quejan de la prostitución, bajo sus varios aspectos, á que es arrastrada la mujer en ciertas condiciones. Quiérese poner remedio á estos males encerrando su cuerpo entre las paredes del domicilio, su inteligencia entre los muros de la ignorancia. Empeño vano: el encierro ó la falta de conocimientos, lejos de mejorarla, la pervertirán en mayor escala. El escritor antes citado lo ha dicho de una manera precisa y concluyente: «A un defensor interior, á ella misma, á su conciencia, es á quien debemos exigir una garantía que esté siempre alerta, constantemente armada contra la perfidia de la maldad y la fascinación del vicio.» Y más adelante añade: «Es necesario instruirla en todo aquello que en el mundo hay de verdadero, bello y san-

to, á fin de que sepa por sí misma lo que vale, y que encuentre en la conciencia de su valor moral esa energía tranquila que no es más que la virtud en reposo.»

De estas mismas verdades han debido hallarse penetrados los que á la raíz del movimiento revolucionario de Setiembre inauguraron en la Universidad literaria de Madrid las conferencias dominicales para la educación de la mujer. Cuando talentos eminentes, simpaticizando con la revolución que acababa de iniciar el pueblo español, manifestaban desde lejanas tierras, que si queríamos asentar sobre firmes cimientos el nuevo edificio de nuestra regeneración, no debíamos mirar con negligencia la suerte de la mujer, los creadores y organizadores de la Academia de Conferencias respondían con su conducta á una opinión tan justa y tan sensata. El éxito, la benévola acogida que entre las personas de reconocida ilustración halló el pensamiento, es la recompensa más gallarda de cuantas pudieron desear sus autores, si es que no hay empresas que en ellas mismas llevan su premio, como inspiradas y sostenidas por el amor del prójimo y los más puros sentimientos de patriotismo.

Comenzaron las conferencias con un discurso inaugural, notable por muchos conceptos, del Rector de la Universidad, Sr. Castro, ilustre repúblico cuyos méritos no nos cumple reseñar, pero cuyo celo por el esplendor de la nueva enseñanza es un título honroso al aprecio de todos, que nos complacemos en reconocerla. Con gran concurrencia del sexo favorecido hubóse en la primera reunión por un profesor distinguido, el Sr. Sanromá, acerca de la educación social de la mujer, fijando magistralmente sus caracteres. Sucesivamente trataron, el Sr. Rada, también de la propia materia, buscando ejemplos que corroboraran sus asertos en la historia de mujeres célebres; el Sr. Causlejas, de la parte literaria de esa misma educación, demostrando que la mujer no debe ser extraña á las concepciones del arte, esa poesía de la forma, y el Sr. Corradi del influjo que el cristianismo había ejercido en la sociedad y en la familia, y por consiguiente en la compañera inseparable del hombre en penas y alegrías.

Decía el orador, partiendo de esta idea, que la mujer no podía menos de tener un vivísimo interés en que el Gobierno de su patria respondiera á los altos fines para que fue formado el hombre: que la dignidad del esposo era un patrimonio de la mujer, y ampliando esta doctrina, concluía aseverando, que, toda medida de cualquier género que fuera, política, económica ó social, que ofendiera al primero, le humillara ó empobreciera, condenaba á la segunda al llanto, á la vergüenza ó á la miseria.

Inspirándose, quizás en tan acertada observación, el Sr. Labra basó en las instituciones civiles y en el derecho constituido, las relaciones jurídicas entre ambos sexos para después censurar nuestra legislación en todo aquello que desconoce las altas prerogativas de que la mujer debe estar investida. «Dido y esombraos, exclamaba sintetizando sus quejas, la madre castellana no tiene autoridad propia sobre sus hijos» y por tal manera denunciaba una injusticia, que no há muchos días ha tratado de corregir un ministro al presentar á la Asamblea el proyecto de ley relativo al matrimonio.

Discurrió acerca de la higiene el Sr. Casas, con no escaso provecho de cuantos le escucharon, que las reglas que aquella comprende son bálsamo eficazísimo para prolongar la vida y descartarla de molestias y dolencias innumerables; dijo el Sr. Moret muy buenas cosas relativamente á los deberes de la madre en orden á la vocación y profesión de los hijos, anunciándoles que desde el primer momento debían pensar en disponer á los últimos para que vivieran por sí, para que supieran luchar solos, recorrer el mundo y afrontar los peligros de la vida, adiestrándolos en la fatiga, la duda, el trabajo, y sobre todo en la independencia del espíritu y en la dignidad de la conducta.

Hallaron las ciencias físicas y la parte que en su estudio debía tomar la mujer, un competente adalid en la persona del Sr. Echegaray: Las ciencias económicas y sociales fueron recomendadas y expuestas sus axiomas, en cuanto procedía, por el Sr. Rodríguez, (D. Gabriel); emitió algunas consideraciones sobre el matrimonio don Florencio Alvarez Osorio, y el maestro Barbieri, con su autoridad reconocida, hizo la apología de la música.

Acercábase la conclusión del curso, y la Academia quería que se tratasen ante ella otros puntos que estimaba muy pertinentes al plan concebido. Accediendo á sus excitaciones, el Sr. Moreno Nieto pronunció un levantado discurso exponiendo la influencia de la mujer en la civilización, consignando esta bellísima frase: «El ideal toma siempre la forma femenina y el hombre no se humilla, ni adora ni ama con fervor sino aquello en que resplandece la esencia de la mujer.» También correspondió á lo que de su talento se esperaba, el Sr. Tapia, apreciando

el concepto religioso en la conciencia y en la vida, cerrando la serie de tan útiles esfuerzos el docto Sr. García Blanco, con el programa del curso de educación conyugal ó lecciones de maternidad con que se disponía á concurrir al común empeño.

La experiencia, fuente de toda enseñanza, ha aconsejado que se modifique en algun tanto el método seguido en las Conferencias durante el primer curso. En el segundo, que empezó en Enero último, no se pronunciaran discursos. Háse creído que una vez expuestos los principios fundamentales que deben servir de asiento á la educación femenina, es más conveniente desenvolver en cada curso cierto número de temas, dando á las oraciones aquella forma didáctica más provechosa para el auditorio. Consiguientemente, las conferencias, de discursos háncese convertido en lecciones, y como ha dicho con sumo acierto el Sr. Castro, se dirigen á facilitar educación científica y literaria, de una manera concreta y aplicada, con carácter instructivo y doctrinal, sin excluir la amenidad que haga más atractiva la enseñanza. Seis son las asignaturas que ya se están explicando, Nociones de Economía política, indispensables á la mujer, por D. Antonio M. Segovia; Introducción á la Historia de las religiones politeístas en los antiguos pueblos de Europa, por D. Juan Valera; Nociones de Cosmografía, por D. Miguel Merino; Educación de las madres de familia, por D. Cayetano Rossell; Ojeada sobre la historia de la literatura española, por D. Francisco de P. Canalejas; y Naturaleza, carácter y fin del arte, por don Francisco Pi y Margall.

No es ocasión de apreciar estos trabajos; cúmplenos únicamente enaltecer el noble propósito que los impulsa. Si la sociedad española ha de entrar con paso seguro en las vías de los adelantamientos útiles y laudables, sin disputa, forzoso es que ediquemos á la que nos ha de ayudar en la realización de nuestro destino. Levantémosla hasta nosotros en respeto, en dignidad, en ilustración; que penetre en la esfera misteriosa de la ciencia, y que allí regenere sus preciosas facultades torpemente mutiladas y pervertidas en luengos siglos de ignorancia y de preocupaciones. No pretendamos hacer de la mujer un muñidor político ni un orador de club; evitemos el rebajarla al papel de una marisabidilla ridícula y pretenciosa; hagamos que conozca sus deberes para con el hombre, para con sus iguales y para con sus hijos; elevemos su entendimiento, fortalezcamos su voluntad; que con nosotros sonde los secretos de la naturaleza y tenga la más apropiada noción de sus leyes; que sepa cuáles son los grandes problemas de la época, y que alcance la dirección contemporánea de la actividad social, no asistiendo indiferente á sus triunfos y á sus caídas.

El ejemplo de Madrid tiene ya solícitos imitadores. Una capital de provincia de no escasa importancia, ha inaugurado también un curso de lecciones semejante al que tan acertadamente dirige el Sr. Castro, y de esperar es que ciudades tan ilustradas como Cádiz, Sevilla, Granada, Barcelona, Valencia, Zaragoza, Salamanca y otras que no citamos en gracia á la brevedad, laboren un campo donde la más próspera cosecha esté de antemano asegurada.

Dichosos nosotros si con estas mal trazadas líneas contribuimos á tan halagüeño resultado.

FRANCISCO M. TUBINO.

MADRID HA MUERTO.

Mesenero Romano, que presenciaba la agonía del Madrid antiguo, salvó con su pincel algunas fisonomías populares próximas á borrarse.

Ya era tiempo: cayeron á tierra las famosas gradas de San Felipe; los conventos se convirtieron en plazuelas, el templo de los Basílios en teatro, el campo del Moro se transformó en jardín, la Teta subió al nivel del puente de Segovia, perdieron su escabrosidad las Vistillas y la Cuesta de la Vega, rodaron las antiguas puertas de la villa y los árboles más frondosos del Retiro, la torre de Santa Cruz fué ejecutada y la parroquia de Santa María en vano alegó ser la decana de las iglesias de Madrid para escapar al esterminio; Santo Domingo el Real, bajo cuyas bóvedas habían resonado las choquazuelas de don Pedro de Castilla, fué condensado á la piqueta, y el parque de Montealeón y el convento de las Maravillas, testigos del sacrificio de Daoiz, Ruiz y Velarde, y empapados en sangre madrileña, se trocaron en un raquítico jardín, donde vejetan tristemente algunas plantas opiladas.

Y entre tanto, á los pies del Altillo de San Blas silbaba la locomotora y apuntaban al cielo, como inmensos

telescopios, las chimeneas de algunas fábricas de jabón y chocolate. Un círculo de reyes de piedra parecía jugar al corro en la plazuela de Oriente; los leones del Congreso enseñaron la lengua al transeúnte y las Evas de Madrid tuvieron en el teatro Real un paraíso. Brotaron palacios en Recoletos, la Puerta del Sol logró el ensanche suspirado, á costa de algunos callejones, y se desentrosaron las calles del Arenal, Cármen y Preciados. Las casas de Chamberí se acercaron á saltitos á la corte. El cuartel del Príncipe Pio desalojó de su torre á las palomas; se construyó el nuevo Matadero y la Fábrica de Moneda se colocó, como era natural, cerca de los capitalistas. Los desesperados perdieron con el Canal el último recurso, y el canal de Isabel II apagó la sed de las escurridas fuentes de la villa, dejando en seco á muchos descendientes de Pelayo. Las mangas de riego modificaron el clima de Madrid, que tuvo también dos nuevas estaciones, la del Norte y Mediodía. Nació el barrio de Salamanca con sus casas puestas en orden de parada, y los de Pozas y Argüelles se adelantaron humildemente hácia San Bernardino La puerta de Alcala, abandonada de todos, no tuvo á quién arrimarse; los huesos de los españoles célebres pasaron con toda pompa á las bóvedas de San Francisco, donde esperan la resurrección de la carne, y la torre de la Trinidad anunció más de una vez con débiles gémidos su firme propósito de aplastar á algún ministro y á todos los empleados de Fomento.

El gas alumbró al Madrid moderno con sus innumerales cafés, lujosos escaparates, museos fotográficos, iluminados kioscos, fábricas de bebidas gaseosas, farmacias, casas de socorro, columnas mingóticas, placas de seguros y salas evangélicas. Y sólo en los libros de Mesonero Romanos y en las crónicas, quedaron vestigios del Cubo de la Almudena, el Alcázar, la Puerta de Santa María y la antigua muralla del primer recinto de Madrid, cuyos cimientos yacen bajo la calle del Espejo é inmediatas. ¿Quién dará razón hoy de las puertas de Balnadrú y de la Culebra, por donde salieron los moros y entró el ejército de Alfonso VI? Es verdad que si la mayoría de los madrileños ignoran dónde estuvieron aquellos sitios antiguos, otra buena parte no sabe dónde se encuentran hoy las calles de Madoz y de Topete.

El gas, ese rival de la luna y enemigo de los amantes y de los rateros, no ha podido, sin embargo, alumbrar el Madrid subterráneo, esa mina de los ladrones cultos, y terror de los cajeros. El propietario de la corte que ha leído las *Catacumbas de París*, sabe que una venganza puede hacer saltar sus casas ó hundirlas con estrépito. Si el hombre consigue volar y los ladrones toman alas, el porvenir de los vecinos y propietarios de la villa es siniestro. Se verán amenazados por arriba y por abajo. Y cuando las aplicaciones de las ciencias hayan hecho imposible la conservación del bolsillo, el porvenir del mundo será de los comunistas.

Tal fué, es hoy y será más adelante, la villa y capital de las Españas; la transición de lo viejo á lo moderno se ha verificado tan rápidamente, que pueden vivir á un mismo tiempo la torre de los Lujanes y la casa de las

Bolas; y aún hoy, colocados uno frente al otro, se ríe del Tribunal de Cuentas la fachada del Hospicio.

Y si Madrid se ha transformado como población, la población de Madrid, como vecindario, ha sufrido cambio más completo. El articulista de costumbres, en vano sube á las boardillas y penetra en los salones buscando tipos dignos de la pluma. Mesonero y Antonio Flores han dibujado los últimos retratos. El can-can bailado ante la niña y el mozalvete y el severo padre de familias, ha borrado todo resto de costumbres.

El tipo español es el tipo humano, y la vida se repar-

cha y ahuecadores en los hombros, para extasiarse ante su imagen, tarareando un dúo de la Atala.

La histórica vacía, el yelmo de Mambrino huyó del centro de Madrid en dirección á los portillos, y la brocha sustituyó al jabón, y las tenazas al aceite de Macasar.

La castañera de Madrid trocó su puchero de barro por la caldera de hierro; la vainilla se introdujo en el chocolate: el miriñaque en la mujer del pueblo y el hijo de familia en los cafés; y ya no hay verdadero chocolate, ni mujeres del pueblo, ni hijos de familia, ni se sabe asar castañas.

Tan bien como en París se habla ya el francés en la plaza de los Toros. El pintoresco calesin desaparece, y el Museo Arqueológico está pidiendo algunos ejemplares. En cambio, los pollos de Madrid asoman sus cabezas por un cesto. Hace ya bastantes años que se perdió para el ornato público, el famoso coche del Tío Teja, cuyo paso triunfal era siempre saludado por pedradas y silbidos. Su pérdida es irreparable como monumento histórico. Su caja había transportado á la ermita de San Isidro quince generaciones de madrileños.

En la caja de aquel coche se enterró el Madrid antiguo con sus trages y costumbres.

Madrid ha muerto, como Viena, San Petersburgo, Lisboa y Constantinopla. Ya no hay poblaciones, sino una población construida ó modificada según el plano de París y repartida por el globo en ejemplares de diverso tamaño.

Madrid ha muerto. Sólo en las noches en que el gas luce muy poco y el cielo está nublado, la imaginación ve claramente por encima de las veletas de las torres, y en los informes grupos de los más altos edificios resucitar el antiguo Madrid con sus calles tortuosas, sus caballeros, sus discretas damas, su pueblo leal y sencillo, sus templos, sus artistas, sus poetas y sus reyes.

J. F. BREMON.



HALENTES DE LA NUBIA.—DIBUJO DE D. ANTONIO GISEBERT.

te entre comer, asistir á la oficina ó al trabajo, lo cual es muy distinto, parorar en el café, leer uno ó dos periódicos y pertenecer á un partido político. La palabra tipo significa extravagancia. Estamos en la edad de lo simétrico: las ciudades se tiran á cordel, los edificios tienen todos la altura de las nubes; lo mismo viste el marqués que su criado; merced á los descubrimientos químicos, sólo existen calvos por su gusto, y no hay imperfección física que no pueda convertirse en atractivo.

El demandadero de monjas, el guardia de corps, la manola y el chispero, el boticario, el covachuelista y tantos otros tipos, dejaron de ser, para amoldarse en el troquel humano. El descubrimiento de un manolo sería hoy tan notable como el de un megaterio; las razas se han confundido y todo el mundo se parece: el magnate del día y su lacayo, tienen cierto airecillo de familia.

Eran las ferias de Madrid el regocijo de los muchachos cuando había niños; ahora los madrileños nacen viejos, y las ferias dan sus últimas boqueadas al lado del Hospital general, cerca de la capilla en que se exponen los cadáveres. Los amantes de Ultratumba ya no recorren las plazuelas buscando entre los cuadros viejos algún retrato de mujer con monumental peineta de con-

DON JUAN DE DIOS POLO.

El desgraciado jefe carlista cuyo retrato hoy damos, fue hecho prisionero por las tropas del Gobierno en la intenciona que realizó el partido tradicionalista en el pasado año de 1869.

Aun cuando algunos de sus compañeros de armas tuvieron la triste suerte de pagar con su vida su decisión en defensa de la causa á que estaban ligados, Polo, que vió concluirse la lucha antes de la terminación de su proceso, acaso por este motivo y también en razón á las simpatías personales que tiene en el país por sus dotes de carácter, ha sido indultado por el Regente del Reino. Individuos de todos los partidos y de todas las clases de la sociedad acudieron con este fin al jefe del Estado, y el rasgo de clemencia ejercido por éste mereció la aprobación de todos los españoles.

Don Juan de Dios Polo se dirige en estos momentos á las islas Marianas cumpliendo la pena que en conmutación de la de muerte le ha sido impuesta.

LÁPIDA MONUMENTAL

DEDICADA

Á LA MEMORIA DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Largo tiempo se han buscado con verdadero afán los restos mortales del autor del *Quijote*. Sabíase que en cumplimiento de una de sus últimas disposiciones, habían sido sepultados en el convento de monjas Trinitarias de Madrid, pero en vano corporaciones y particulares han practicado en diferentes épocas las diligencias más esquisitas, á fin de conocer el preciso lugar de su enterramiento.

Al agitarse recientemente la idea de erigir un panteon nacional que guardase los despojos de nuestros varones más insignes en ciencias, armas y letras, los entusiastas y numerosos admiradores del incomparable escritor á quien debe España la más brillante de sus glorias, tornaron á buscar datos, inquirir noticias y practicar diligencias para dar con su ignorada sepultura: mas todo fué así mismo inútil.

Sabiendo, como de ello se tiene certidumbre, que yace en las bóvedas de la iglesia de Trinitarias, lo natural era dejarse de infructuosas pesquisas, considerar el templo todo como tumba apénas bastante á contener tan inmensa gloria, y colocar en sus muros un epitafio.

Esto es lo que ha hecho la Academia de la Lengua; mereciendo bien de cuantos se complacen en ver honrados, aunque tarde, la virtud y el talento.

Encargado el distinguido escultor D. Ponciano Ponzano de ejecutar esta obra, pobre tributo que una corporacion literaria, la cual cuenta con limitados medios, rinde al autor de *El Ingenioso Hidalgo*, ha sabido reunir la sencillez á la nobleza de las formas y proporciones, dándole con gran arte, á una modesta lápida la importancia que requiere cuando ésta se dedica á conmemorar tan famoso nombre.

El dibujo que ofrecemos á los lectores de LA ILUSTRACION DE MADRID, basta á darles una cabal idea del sencillo monumento que se inauguró el día 3 del mes corriente, asistiendo al acto la Academia de la Lengua en corporacion, y gran número de literatos y personas distinguidas, entusiastas admiradores de Miguel de Cervantes Saavedra. Nosotros, que de todas veras nos asociamos al pensamiento de la Academia, rendimos en estas líneas un tributo de admiracion al gran novelista, y damos nuestros plácemes á la Corporacion literaria.

B.

recomendó la adquisicion de mis *Antigüedades* á sus Ayuntamientos; las Reales Academias de la Lengua, de la Historia, de San Fernando y de Ciencias Morales y Políticas adquirieron crecido número de ejemplares; el Instituto Arqueológico de Roma me felicitó por él, y en sesion pública del día Berlin dióse cuenta honrosa de mi libro.

¿Cómo podia yo prometerme tan grande resultado, que sólo consigno aquí como prueba de mi eterna gratitud!

tiencar próximo á desaparecer entre el torbellino de sus locuras arqueológicas.

Entonces, y hasta que esto suceda, renunciando por ahora á la publicacion del segundo tomo de mis *Antigüedades Prehistóricas*, decidí dar sumarias noticias en los periódicos acerca de mis novísimos descubrimientos por medio de artículos sueltos.

Sin detenerme más, tomo, pues, la pluma y escribo á Vds. esta primera carta sobre mis últimos descubrimientos, desencuadernando las hojas de mi proyectado libro, tal vez condenado á no ver jamás la pública luz. En ella trataré de algunos nuevos hallazgos en la *Cueva de los Murciélagos*, ó más bien de uno solo que se refiere á un punto importantísimo, á la escritura; porque ya poseemos algunos caracteres trazados por la ruda mano de aquellos misteriosos aborígenes.

Yo creo con Vds. que estos estudios, hoy en la infancia, exigen gran sobriedad en quien los cultiva. No es la imaginacion dote que falta á los andaluces, ni hay entre nosotros quien deje de formarse una hipótesis más ó menos aventurada ante un objeto desconocido; el sacrificio de la imaginacion y de las hipótesis, cuando no tienen fundamento seguro, es absolutamente necesario, á no querer convertir esta ciencia en un cuento de hadas.

En las últimas exploraciones hechas en la Cueva de los Murciélagos han parecido dos colmillos de javalí, uniformados con gran cuidado por la mano del hombre, con sendos agujeros en sus extremos más gruesos, y una inscripcion grabada en hueco, igual en ambos y pintada de carmesal con color que parece mineral. Estos curiosos objetos * fueron recogidos con otros varios por mi buen amigo D. Juan de Rivas Ortiz y hoy enriquecen mi coleccion. (Figura 1.ª)

¿A qué uso se destinaban estos dos preciosos colmillos?

Yo me atrevo á afirmar que eran dos zarcillos que habian de colgar de las orejas por medio de hilos de esparto que la accion del tiempo debe haber indudablemente destruido.

Recuerden Vds. el colmillo de javalí labrado (otro tengo encontrado tambien recientemente) que ostentaba la mujer de que hablo en mi libro (*Pág. 31*), en el collar de esparto que adornaba su cuello.

A propósito de esta mujer debo decir á Vds. que el brazo sobre que descansaba su cabeza y que yo creía perdido, pertenece hoy tambien á mi coleccion de antigüedades, por generoso regalo de mi buen amigo el Sr. D. Patricio Mauzoco, vecino de Albuñol: véanlo ustedes fotografiado en la *figura 2.ª*

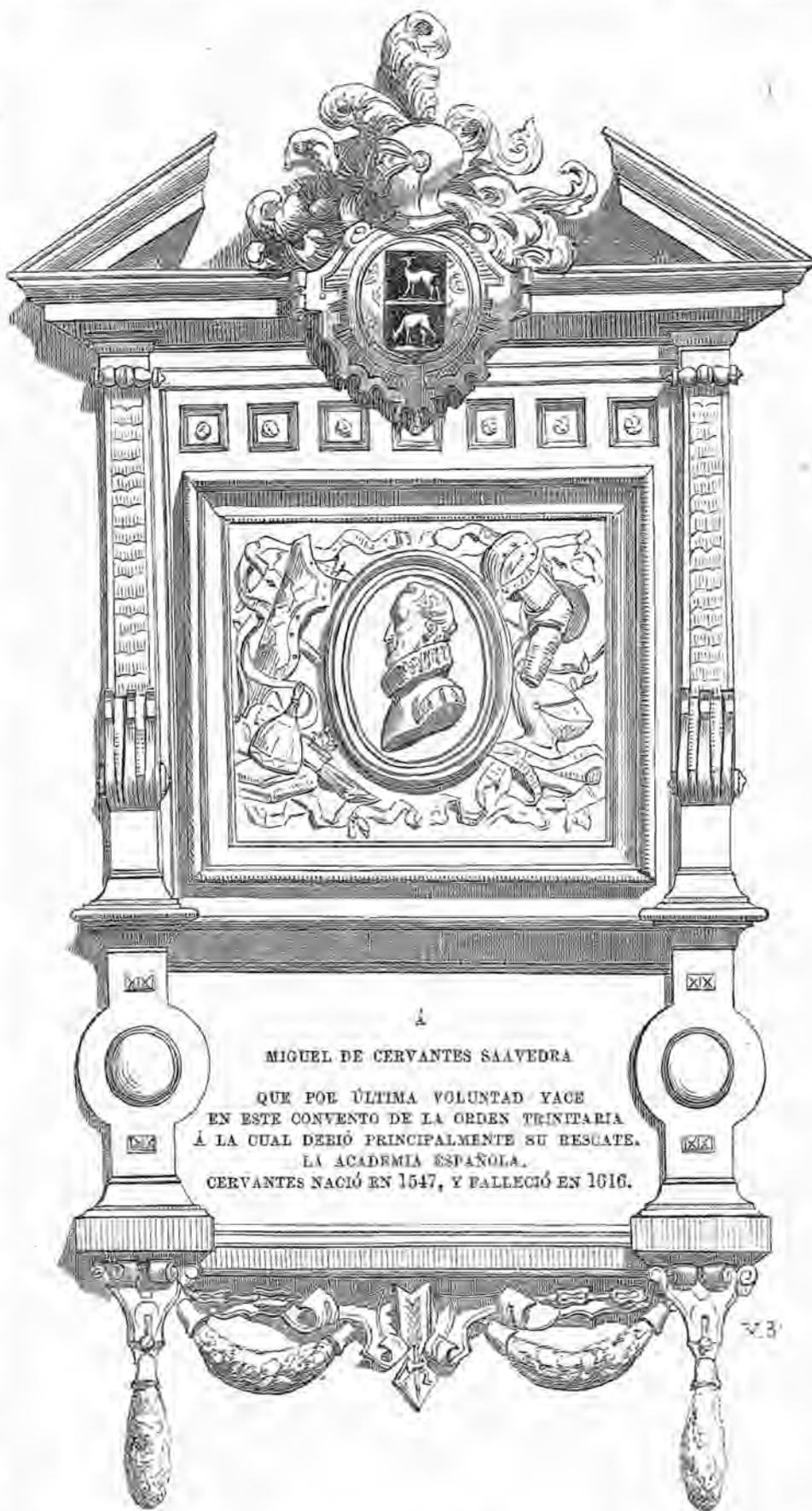
Es el derecho: la mujer á que perteneció era muy jóven: el cúbite y el radio se encuentran casi totalmente descubiertos; la mano conserva sus partes blandas momificadas y sus cuatro últimos dedos, y en semi-flexion las segundas y terceras falanges. La posición de los dedos prueba, como me afirmaron los mineros de Albuñol, que la cabeza de este esqueleto descansaba sobre la mano derecha, así como la izquierda yacía sobre los muslos.

Pero volvamos al principal objeto de esta carta.

Nada tiene de extraño que en la cueva de Albuñol el esqueleto de una mujer ostentara dos pendientes formados con los colmillos del animal, en que las primitivas tribus españolas encontraban su principal alimento y riqueza.

En cuanto á si las rayas que adornan la superficie de

* Los objetos á que me refiero en estas cartas y otras, hasta el número de más de 300, están á disposicion de los curiosos en el Museo Arqueológico de Madrid, al que los he donado. Así mis opiniones podrán ser ó no confirmadas por los más entendidos con entero conocimiento de causa.



LÁPIDA MONUMENTAL INAUGURADA EN 3 DE ENERO DE 1870.

ANTIGÜEDADES PREHISTÓRICAS.

CUARTAS ACERCA DE ALGUNOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

PRIMERA.

Sres. D. Aureliano Fernandez Guerra, D. Eduardo Saavedra y D. José Moreno Nieto.

Mis muy queridos amigos: Vds., con su dictámen á nuestra Real Academia de la Historia y el excelentísimo Sr. Marqués de Gerona, cuya reciente pérdida lloran las letras españolas, dejando en mi corazon un vacío difícil de llenar, presentaron bondadosamente mis *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía* al mundo literario. La prensa periódica acogió mi libro con cariñosa solicitud; muchos particulares y Excmos. Sres. Arzobispos y Obispos honraron mi obra con su generosa proteccion; el Jurado de la Exposicion Aragonesa premió mi trabajo; la Junta general de la provincia de Alava

Pasados los primeros dias del *profundísimo terror* que me inspiró éxito tan completo como inesperado, comprendí que la Providencia recompensaba mi ardiente fe y mi inquebrantable constancia en el trabajo; imaginé ver ya publicadas mis *Antigüedades Romanas*, y me entregué con creciente ardor á nuevos proyectos.

La fortuna, deidad para mí siempre risueña en materia de hallazgos arqueológicos, me colmó de todos sus favores.

Nuevos encuentros vinieron á halagarme. Dólmenes, piedras movibles, menhires, recintos sagrados, osamentas, armas y utensilios, telas, variedades de cerámica, inscripciones desconocidas: un segundo tomo completo de *Antigüedades Prehistóricas*.

Entonces volví los ojos á mi libro ya publicado, buscando en él los medios de dar á luz el inédito: hermano generoso que iba á favorecer á su hermano próximo á ver la luz.

El Gobierno—me decía yo alguna vez—dirigirá su atencion hácia estos estudios y tenderá su mano al par-

cada colmillo son casuales ó intencionadas, primera duda que ocurrirá al anticuario que vea ese grabado, puedo decir que la inspeccion ocular no me deja á mi ninguna. La seguridad, decision y simetria en los trazos y los puntos, indican que no fueron señalados por un buril indiferente, por más que ese buril fuera afilada astilla de ese cuarzo compacto que nosotros llamamos pedernal y otros llaman *silex*, imitando la copia latina á que obliga á los franceses la pobreza de su lengua. Y si fueran tan sólo rudos ensayos de primitiva greca, cuyos contornos debieran servir de simple ornato á la abúrnea superficie del colmillo en su parte convexa, que es la más visible, no se comprendería que el otro colmillo ostentase los mismos puntos y trazos, guardando iguales posiciones y distancias, pero simétricamente colocados, como si el uno fuera la reproduccion del otro en un bruñido espejo de hielo. No se comprende tampoco que quien sepa reproducir en simétrica semejanza un dibujo, por pobre que sea, no fuera capaz de hacer un adorno con la regularidad tan naturalmente exigida por la ornamentacion aun más elemental. Así, pues, seguridad en el trazo, reproduccion simétrica del dibujo y regularidad en la combinacion de las líneas, me persuaden que el grabador quiso decir algo en la superficie bruñida del corvo hueso, y quien dice algo con signos, *escrabe*. Que esa escritura sea un nombre querido deletreado en sílabas; un símbolo cabalístico que aleje supersticiosas influencias, ó un signo convenido en una familia ó en una tribu, siempre resultará que es el pensamiento fijado en la materia con formas definidas, y que marca una escritura, como no pueden menos de serlo las que en la Cueva de los Lestrosos vi el pasado año, las de Fuencaliente, las del monte Horquera y de Zuheros (*Págs. 58 á la 77 de mi libro*).

Queden los comentarios para quien se atreva á repetir en nuestros peñascos de Sierra-Morena y de la Sierra de María la empresa llevada á cabo en la coca de Bisutum y en los obeliscos de la tierra que hoy prepara nueva alianza de dos mares: por mi parte, contento con la gloria del investigador, dispuesto á recibir sin humillacion el modesto calificativo de bracero de la noble ciencia á que dedico mis desvelos, nada quiero decir de analogías que pudiera haber notado entre estas diversas escrituras, y hasta con el carácter que llevan en sus exergos las monedas ibéricas que tanto tarda en explicarnos su Edipo, el Sr. Dalgado. Pero no puedo callar algunas reflexiones que el museo diario de tanto objeto de este género trae á mi mente trabajada.

Cuantos restos ha suministrado la ya famosa Cueva de los Murciélagos, clasifican la civilizacion de la desconocida tribu de Albuñol con el carácter indudable de neolítica. Pero, aparte de otros vestigios, que si no son comunes á otras tribus y naciones neolíticas (como los trages de esparto y las adormideras) entran sin dificultad en el género de los usos y vida de aquellas gentes, hay aquí dos hechos nuevos que no podrán menos de levantar gran confusion en las nociones hasta hoy recibidas en ese punto. El primero de estos hechos es la aparicion de la escritura, que parece denotar un adelanto tan considerable en la cultura social, que no podría caber en gentes de tan rudo vivir. Sin embargo, los hechos admitidos por la arqueología prehistórica desvanecen esta objecion. Los pueblos que supieron reproducir en actitud de marcha al mammoth en tablitas de marfil del mismo animal; que simulaban la empuñadura de un cuchillo en la forma de un renglillo, y que en un trozo de pizarra dejaron valientemente señalado el terrible perfil del oso de las cavernas, es evidente que no pudieron hacer todo eso y lo demas que no hemos visto, ni acaso veremos, sin estar poseidos de un sentimiento artístico sólido, mente arraigado. Si esto se concede, queda consentido lo más y no será difícil conceder lo menos. En un pueblo artista, siquiera lo sea solo de un modo rudimentario, el adelanto intelectual independiente de la perfeccion de los medios materiales, puede ir tan de prisa como la imaginacion que está en juego, y el que sabe pintar los objetos, sabe con ellos expresar sus pensamientos, y, reducidas las figuras á símbolos, *sabe escribir*. Por esto creo que, despues de descubierto en las edades de piedra el arte del dibujo, el descubrimiento de la escritura es un simple hecho más, que en nada altera el sistema.

El hecho á que antes me referia y que puede ser de más graves consecuencias, es el de la mano momificada. Yo nada quiero afirmar, pero es posible que eso traiga la Cueva de los Murciélagos á una época más próxima de lo que pudiéramos figurarnos al pronto, si bien debo advertir que esto no contradiría por cierto las hipótesis que con medrosa cautela avancé al fin de mi libro (*Págs. 115 y siguientes*). Pero, en último caso, ignerá decir que los primitivos vecinos de las márgenes del Arroyo de las Angosturas no pertenecian á la civilizacion neolítica, ó mejor aún, que esta civilizacion no fuera la suya? No, por cierto. La civilizacion neolítica no es una época del mundo, es una época de cada pueblo, y cada país ha tenido su época neolítica en fecha diferente, tanto que en el centro de Europa corresponde al tiempo de los grandes mamíferos cuyas especies se han perdido, y en el Grande Océano hay todavía hordas que no han llegado á ella y están aún en la paleolítica. Es como la civilizacion pagana que terminó en Roma en el siglo IV, en la Escandinavia en el X, en la América en el XVI, y dura todavía en la India. Ofrécese, pues, un vasto campo á los entendidos en este ramo de arqueología para determinar la sucesion comparativa de las diversas edades neolíticas en diversos países, y la solucion del problema para la parte meridional de España, es laureo con que invito á mis doctos amigos de las Sociedades científicas de Madrid, ántes que vengan de fuera en busca de ese necesario eslabon de la ciencia prehistórica.

Mas no se crea que doy por sentado que mano conservada sea signo indudable de menor antigüedad: es sólo dificultad que propongo para aguijonear la curiosidad y fomentar el deseo de los más entendidos. Si el fango congelado de los ríos de la Siberia ha conservado frescas las carnes y pieles de los mamuths, que han devorado las fieras y los buitres tantos siglos despues de haberlos sorprendido la muerte, ¿cómo podrá extrañarse que en otro clima y en circunstancias especiales haya podido conservarse disecado un miembro, como se encuentran desecados los guanaches centenares de años despues de su muerte? Si se considera posible que un canario que no se haya extraído de su envoltura, continúe siglos y siglos sin alteracion dentro de ella, no se podrá negar que un ribereño del Estrecho haya podido conservar su mano desde una antigüedad remotísima, para señalarnos con su deformé despojo á dónde deban dirigirse nuestra meditacion y nuestro estudio.

Pero ya es tiempo de terminar este escrito, siquiera para no exponerme á penetrar en el fácil cuanto peligroso campo de las conjeturas, que abandono á más valerosos ingenios.

Disimúlame Vds., mis queridos amigos, esta epístola en que por fuerza he tenido que hablar de mí mismo y de mi libro, quedando suyo hasta la siguiente carta, su siempre apasionado y agradecido S. S. Q. B. S. M.,

MANUEL DE GÓNGORA.

Granada, 19 de Junio de 1869.

D. EUGENIO MONTERO RIOS.

La gran significacion que tiene dentro de la Revolucion de Setiembre el ex-ministro de Gracia y Justicia Sr. Ruiz Zorrilla, ha dado mayor interés é importancia á la personalidad del Sr. Montero Rios, que ha venido á reemplazarle en aquel alto cargo. Llamado al parecer á realizar en la esfera del gobierno los proyectos planteados por el Sr. Ruiz Zorrilla, tan duramente combatidos por unos como ensalzados con entusiasmo por otros, las miradas del país están fijadas en el joven Catedrático de Derecho canónico de la Universidad Central. Esta consideracion nos mueve á dar su retrato, y á estampar en nuestras columnas estos ligeros datos biográficos.

El Sr. Montero Rios nació en 1832, y estudió Jurisprudencia en la Universidad de Santiago, ganando á mérito todos los grados de su carrera, lo cual ya da claras muestras de las dotes que distinguen á este jurisculto; profundo estudio y clarísima inteligencia.

Despues de haber hecho oposicion á la cátedra de disciplina eclesiástica de Oviedo, que le fué concedida á propuesta del Tribunal, y de haber sido trasladado por permuta á la de Santiago, inauguró sus tareas profesionales con una Memoria acerca del ultramontanismo y cismontanismo, que dió lugar á gran agitacion en los círculos científicos y políticos por la valentía y claridad con que aplicaba sus doctrinas liberales á la interpretacion de aquellas importantes cuestiones.

Poco despues el partido progresista de Santiago le colocó al frente del comité que allí se fundó, dándole la direccion del periódico *La Opinion pública*, en la cual adquirió renombre como escritor político.

Más aún que esta campaña periodística, fijó en él la atencion pública la que sostuvo en las columnas de *La Ilustracion* de esta capital contra el Sr. Arzobispo de Santiago, y en la que el Sr. Montero Rios impugnó el poder temporal del Sumo Pontífice. Esta polémica, sobrado reciente y conocida para que nosotros nos detengamos en ella, concluyó de significarle más y más, y ha ejercido sin duda gran influencia en la popularidad de que el señor Montero Rios goza dentro de su partido.

El Sr. Montero Rios, como es natural, aquí donde todos los partidos se distinguen por el ardor con que defienden sus ideas políticas, sufrió persecuciones de los gobiernos á los cuales constantemente combatía, y ha prestado á la causa liberal verdaderos servicios. Nosotros, alejados de las luchas políticas, no somos buenos jueces para apreciarlo así; más bien alto, y en apoyo de este aserto, hablan los hechos desde la Revolucion de Setiembre hasta el día. El partido progresista de Santiago lo presentó candidato á Cortes en las elecciones á Cortes Constituyentes, obteniendo 15,000 votos. Presentado igualmente por el de Pontevedra, y á pesar de no haber sido incluido en la candidatura del comité central de conciliacion, fué tambien honrado con el mayor número de sufragios.

Como individuo de la comision de Constitucion tomó una parte muy activa en las discusiones de la misma, y especialmente en los debates á que dieron lugar los artículos referentes á la libertad de cultos. El Sr. Ruiz Zorrilla le llevó á su Ministerio, asociando así el talento é instrucion del Sr. Montero Rios á sus proyectos de reformas eclesiásticas y al retirarse aquel á consecuencia de la última crisis, S. A. el Regente le ha dado el encargo de continuar la obra del Ministro revolucionario.

No concluiremos esta ligerísima reseña sin indicar que la cátedra de Derecho civil de la Universidad Central, que desempeñaba el Sr. Montero Rios y de la cual fué trasladado á la de Derecho canónico que hoy tiene, le fué concedida por oposicion y en circunstancias políticas para él bien difíciles.

GALAS DE MADRID.

UN DRAMA OCULTO DE LOPE.

(Continuacion.)

IV.

Despues de un largo silencio
Triste, doloroso y acre,
De entre las ramas tupidas
Se escaparon estas frases.
—¿Qué puedo hacer por tu honra?
—Salvarla, Lope, y salvarme,
Dijo Inés con voz cortada
Por sus repetidos ayes.
—Cuenta tu historia, si puedes,
Dijo Lope en tono grave,
Que quiero, Inés, escucharla
Aunque esa historia me mate.—
Inés exhaló un suspiro,
Alzó su bello semblante,
Y animándose por grados
Con acentos de coraje,
Así refirió su cuita
Vertiendo llanto de sangre.

V.

«Ya conoces, Lope mio,
Á Don Gonzalo de Ataide,
Mozo de ilustre prosapia
Y algo deudo de mis padres.
Reveses de la fortuna
Y otros livianos desastres,
Le alejaron de esta corte
Hará seis años cabales.
Engaños, traicion y muerte
Dieron á su ausencia márgen,
Que fué una dama la muerta
Á quien robó el honor ántes.
Mas como el mundo no pena
Delitos de este linaje,
Dió al cabo el mundo al olvido
Su infamia y sus liviandades.
Tres años há, segun creo,
Que tornó de su viaje,
Y junto al templo de Atocha,
Por mi mal me vió una tarde.
Debí parecerle bella,
Dió en seguirme y quebrar
Y á todas horas se hallaba
Como un fantasma en mi calle.
En vano escribí papeles;
En vano en tiernos alardes
Procuró que yo advirtiera
De su pasion las señales.
Todo inútil; sus billetes
fueron escritos en balde,
Y sus quejas y suspiros

Fueron diversion del aire.
Herido de mis rigores,
Y cansado de cansarse
Demostrándome un afecto
Que yo pagaba en desaires,
Llegó una tarde á mi reja,
Antes que yo lo notase,
Y me lanzó de pasada
Esta amenaza arrogante:
— «Ya que con fieros desvíos
Pagais mis vivos afanes,
No estrañeis, señora mía,
Que de igual manera os trate;
Pues os juro, Inés ingrata,
Así mis celos me acaben,
Que he de hacer con vos de modo
Que no podais ser de nadie.» —
Y se apartó de mi reja
Con gesto tal el infame,
Que estuve, al mirar sus ojos,
Cercana de desmayarme.
Desde entónces, Lope mio,
No sé qué miedo cobarde
Se apoderó de mi pecho,
Que con sólo recordarle
Temblaba herida de un pasmo
Que me crispaba las carnes.
Vencida al cabo y enferma
De este terror formidable,
Estuve un mes en el lecho
Casi loca y delirante.
Y una noche en que, ya fuera
de todo peligro grave,
Sola me dejó en mi estancia
El cuidado de mi madre;
En esas horas eternas
Que son de la muerte imágen,
Horas sin luz ni ruidos
Pavorosas y espantables
Que sólo cuenta el que veía
Por sus angustias mortales;
Pues parece que á esas horas
Pueblan la tierra y los aires
Genios del mal, de otros mundos
Misteriosos habitantes
Que en torno nuestro se ciernen
Fatídicos é impalpables;
En esas horas que digo,
Y al través de los cristales
De la estancia en que yacia
Ví una sombra dibujarse.
— ¡Quién vá? Pregunté medrosa
Tratando de incorporarme,
— «No griteis, la sombra dijo;
Soy yo, Gonzalo de Ataíde.» —
¡Ay, Lope!... Mi voz tan sólo
Pudo decir; — ¡Dios me ampare!...
Y cayendo desplomada
Sin sentido en el instante,
En brazos de aquel vampiro
Quedóse mi honor cadáver.» —
Inés calló á estas palabras,
Muda se cubrió el semblante,
Y Lope lanzó un suspiro
Que hizo estremecer los árboles.
Siguió otro largo silencio
A esta historia lamentable:
Dormido el viento en las hojas
Ni aun columpiaba el ramaje,
Y sólo de vez en cuando
Resonaban en el aire,
De la fuente los murmullos
Y del ruiseñor los ayes.

VI.

— Prosigue, al fin dijo Lope,
Prosigue, Inés, y repara
Que el cántico de los gallos
Anuncia próxima el alba.—
— ¡Qué más quieres que te diga?
Repuso Inés desolada;
Desde aquella aciaga noche,
Llevo la muerte en el alma.
Siempre temblando de miedo,
De mí misma avergonzada,
Ni aun al espejo me asomo
Por no mirarme la cara.
Más de una vez á mi padre
Quise contar mi desgracia,
Y siempre lo han impedido
Los respetos de sus canas.—

— ¡Á qué revelar al pobre
La desdicha que me mata?
— ¡Á qué contarle mi afrenta
Si no ha de poder vengarla?
— Á poco de tal suceso
Y corridas dos semanas,
El tal Gonzalo de Ataíde
Se entró un día por mi casa.
— «Don César, dijo á mi padre:
El amor de Inés me embarga,
Noble soy y hacienda tengo,
Vengo por su mano, dádmela.» —
Mi padre volvió los ojos
Al punto donde yo estaba,
Y me dijo: — «¡Ya has oído,
Contesta tú á esa demanda!» —
Levantéme de mi asiento
Trémula de horror y rabia,
Y repuse: — «Antes que suya
Quiero, padre, la mortaja;
Si fué su demanda pronta
Mi respuesta es breve y clara.» —
Mudo le miró mi padre,
Ataíde dejó la estancia,
Y murmuró al despedirse
Estas torcidas palabras:
— «Amor, honor y nobleza
Me han traído á vuestras plantas;
Mas, pues no quereis mi mano,
Sed feliz y Dios os valga.» —
Quiso disculpar mi padre
Mi altivez y mi arrogancia,
Mas Ataíde sin oírle
Dejó desierta la sala.
Desde entónces, Lope mio,
Devoro esta pena amarga;
Que vivir como yo vivo
Es una muerte abreviada.
Tú puedes de este sepulcro
Sacarme, si es que me amas,
Si es que te duelen mis penas,
Si es que me juzgas hourada.
Por tal, mi historia te he dicho,
Juzga como juez y falla;
Ya que mi secreto sabes,
Resuelve lo que te plazca;
Ó abandóname á mi suerte,
Ó habla á mi padre mañana.» —
Calló Inés, alzóse Lope,
Cogió el sombrero y la capa,
Y en son de quien se despide
Repuso con voz turbada:
— «Tu noble lealtad me admira,
Tu desventura me pasma;
Pero entre amor y entre celos
Mi pobre razon naufraga.
Yo no sé, Inés, qué decirte;
— Tal tu desdicha me espanta!
Mas para obrar con acierto,
Necesito tener calma.
Hoy ni esperanzas te quito,
Ni te prometo esperanzas,
Que quiero hacer á mis solas
La disección de tu causa.
Que te adoro, tú lo sabes,
¡Ojalá no te adorara!...
Que á no adorarte estuviera
Con más sosiego en el alma.
Ábreme al punto esa puerta
Que en mal hora me dió entrada,
Que ya despierta la aurora
Entre nubes de oro y nacar.» —
Inés callada y doliente
Quitó á las puertas la guarda,
Y Lope salió á la calle
Aún dormida y solitaria.
Un largo espacio en la puerta
Tuvo la frente apoyada,
Como escuchando alejarse
De Inés las breves pisadas.
Y al cabo, estampando un beso
Del jardín sobre la tapia,
Echó á andar lento, sombrío,
Y mudo como un fantasma,
En tanto que Inés llorando
Se arrojó sobre la cama,
Cuando ya al cielo subía
La aurora teñida en grana.

(Se concluirá.)

LAS CAÑONERAS ESPAÑOLAS.

La entrega de las cañoneras construidas en los Estados-Unidos, hecha al gobierno español merced á las gestiones de nuestro representante en aquel país, es un suceso de tal importancia, que no sin razon se han ocupado extensamente de él la prensa y los hombres políticos así de España como del extranjero.

Las cañoneras, que ya se encuentran en la isla de Cuba, salieron en número de diez y ocho del puerto de Nueva-Orleans escoltadas por el *Pizarro*, hermoso vapor de guerra que monta seis cañones, tiene fuerza de 350 caballos y fué construido el año de 1851.

Sorprendida la flotilla por una borrasca á la altura del cabo Charleston, se vió obligada á refugiarse en el puerto de este nombre, desde el cual siguió más tarde con rumbo al punto de su destino.

Estas cañoneras son buques muy planos, de poco calado y mucha manga, á fin de que puedan soportar su poderosa máquina. La eslora es de 108 piés por 22 de manga y 8 de puntal: la máquina es de 120 caballos, con dos hélices gemelas, lo cual da una velocidad de doce millas por hora.

El aparejo es en cambio muy sencillo, pues únicamente sirve para auxiliar la marcha y consta de solos dos palos de pailsbot.

El cañon que montan es rayado, de nuevo modelo y giran sobre una circunferencia completa, siendo su calibre de 100.

El dibujo que damos en nuestras columnas está hecho por el modelo que su constructor, John Ericsson, ha regalado al Museo Naval de Madrid.

PEDRO BONAPARTE Y VICTOR NOIR.

El gran interés que ha excitado en toda Europa la muerte del joven redactor de *La Marseillesse*, Victor Noir, nos mueve á dar los retratos de éste y de su matador.

La circunstancia de pertenecer Pedro Bonaparte á la familia del Emperador de los franceses, ha dado mayor importancia á un hecho que por sí no hubiese producido el eco ruidoso y la prolongada excitación de que ha sido causa.

Los detalles de ese triste suceso son tan conocidos, que nos creemos dispensados de ocupar nuestras columnas con la narración detenida del mismo: tarea que por otra parte sería agena de la índole de nuestro periódico.

EL BUSTO DE NIEVE.

SONETO.

De amor tentado un penitente un día,
Con nieve un busto de mujer formaba;
Y el cuerpo al busto con furor juntaba,
Templando el fuego que en su pecho ardía.
Cuanto más con el busto el cuerpo unía,
Más la nieve con fuego se mezclaba,
Y de aquel santo el corazón se helaba,
Y el busto de mujer se deshacía.
En tus luchas ¡oh amor! de quien reniego,
Siempre se une el Invierno y el Estío,
Y si uno ama sin fé, quiere otro ciego.
Así te pasa á tí, corazón mio,
Que uniendo ella su nieve con tu fuego,
Por matar de calor, mueres de frío.

CAMPOAMOR.

LA PICOTA DE OCAÑA.

La hora en que se ve, la luz que recibe, ó el horizonte sobre que se dibuja, modifican hasta tal punto las apariencias de un mismo objeto, que sería difícil fijar su verdadero carácter aislandole del fondo que le rodea ó contemplándole bajo otro punto de vista del que le conviene.

Saliendo de la villa de Ocaña por el lado que conduce á las eras, en uno de esos calurosos días de Julio en que sólo cuando declina el sol y se levanta el aire fresco de la tarde es posible respirar fuera del recinto de las

poblaciones, sorprende el animado cuadro que presenta la inmediata llanura.

Por un lado se descubre la hilera de casas, cercas y bardales de los barrios extremos de la población, entre cuyos rojizos tejados asoman los chapiteles de las torres, las espadañas de las iglesias, y de trecho en trecho el almenado lienzo de un muro: por otro se ve el espacio que constituye las eras, limitada llanura formada por la meseta de una suave colina: al fondo se desenvuelve la línea azul de los montes lejanos bañada en un luminoso y encendido vapor que vela los contornos y los colores con una tinta general dulce y armoniosa.

Diseminados acá y allá en pintoresco desorden, animan el paisaje numerosos grupos de figuras: campesinos, mujeres, animales que van y vienen ocupados en las faenas propias de un pueblo esencialmente agrícola. Aquí rumian los bueyes acostados junto á las carretas; allí corren las mulas describiendo un círculo al arrastrar el trillo sobre las parvas; los labriegos aventan el grano, las muchachas cruzan cargadas de haces de espigas, los chicuelos espeluznados y con la cabeza llena de paja, se revuelcan por los montones de trigo. Unos cantan, otros rien; éstos se llaman con gritos desaforados, aquellos animan á las bestias con rudas interjecciones; todo es vida y movimiento, colores y luz que se combinan en efectos pictóricos á cual más sorprendentes.

En mitad de este alegre cuadro, dominando los grupos de figuras, cortando las horizontales líneas del fondo y destacándose como perfilado de oro por los rayos del sol poniente sobre el azul del cielo, se levanta un monumento de granito, airoso y elegante, cuyo carácter no es posible definir y cuya destinacion se comprende apenas.

Es alto como una mediana torre, esbelto y delgado como una palma: el arte ojival trazó su silueta reuniendo al más puro y ligero de sus contornos góticos los rasgos más sencillos y característicos de su graciosa ornamentación. El tiempo ha completado la obra del artista prestándole la riqueza de color y la variedad de tonos que los años dan al granito: las mutilaciones propias de las injurias de la edad contribuyen á hacerle pintoresco: un cabo de enredadera que sale de entre las juntas de los sillares, los jaramagos que crecen al pié y cubren en parte los rotos escalones, el sol que lamea en los abiertos brazos de la cruz de hierro que lo corona, todos son detalles y accidentes que aumentan su hermosura.

Cuando los labradores terminan su ruda tarea, cuando las muchachas han amontonado ya los haces en la parva y el sol prolonga los azules batientes de los objetos, unos tras otros vienen á agruparse al lado del alto pilar y ya de pié, apoyados en las palas y las horquillas, ya sentados en los escalones aspirando la fresca brisa que enjuga el sudor de sus frentes, relatan cuentos de príncipes y encantadores ó graciosos chascarrillos que son acogidos por la multitud con exclamaciones de asombro ó risotadas interminables.

Difícil sería que el espectador de esta égloga, exami-

nando el monumento, punto de reunion de los tranquilos campesinos, presintiese su historia, fijase su carácter & adivinase el pensamiento á que obedeció el artista al levantarlo.

El trascurso de las edades y la variacion de las costumbres han despojado aquel sitio de su sello histórico.

Hace algun tiempo el caminante que caballero en su mula llegase á la villa de Ocaña por la parte de las eras, si se había retrasado en el camino hasta el punto de entrársele la noche nebulosa y triste, no podria ménos de hacer la señal de la cruz, murmurar una oración y tirar de la rienda á su cabalgadura para desviarse de aquel sitio.

Alto, delgado é inmóvil como un fantasma, veria destacarse sobre el anubarrado cielo de la noche rompiendo la dentellada línea de casas de la población, un monumento de piedra semejante á esas columnas que permanecen de pié y aisladas entre las ruinas de un templo. Si la medrosa soledad de sus contornos, si el sordo alateo de las aves de rapiña que venian á detenerse sobre la cruz del remate, si su forma particular é imponente no bastaban á hacerle comprender lo que aquello era, una cabeza separada del tronco, greñuda y horrible metida dentro de una jaula de hierro, un miembro humano enganchado en un garfio, ó el enjuto cádaver de un hombre suspendido aún de la cuerda y bamboleándose lentamente al soplo del aire de la noche, le dirian bien pronto que había dado de manos á boca con la picota del lugar.

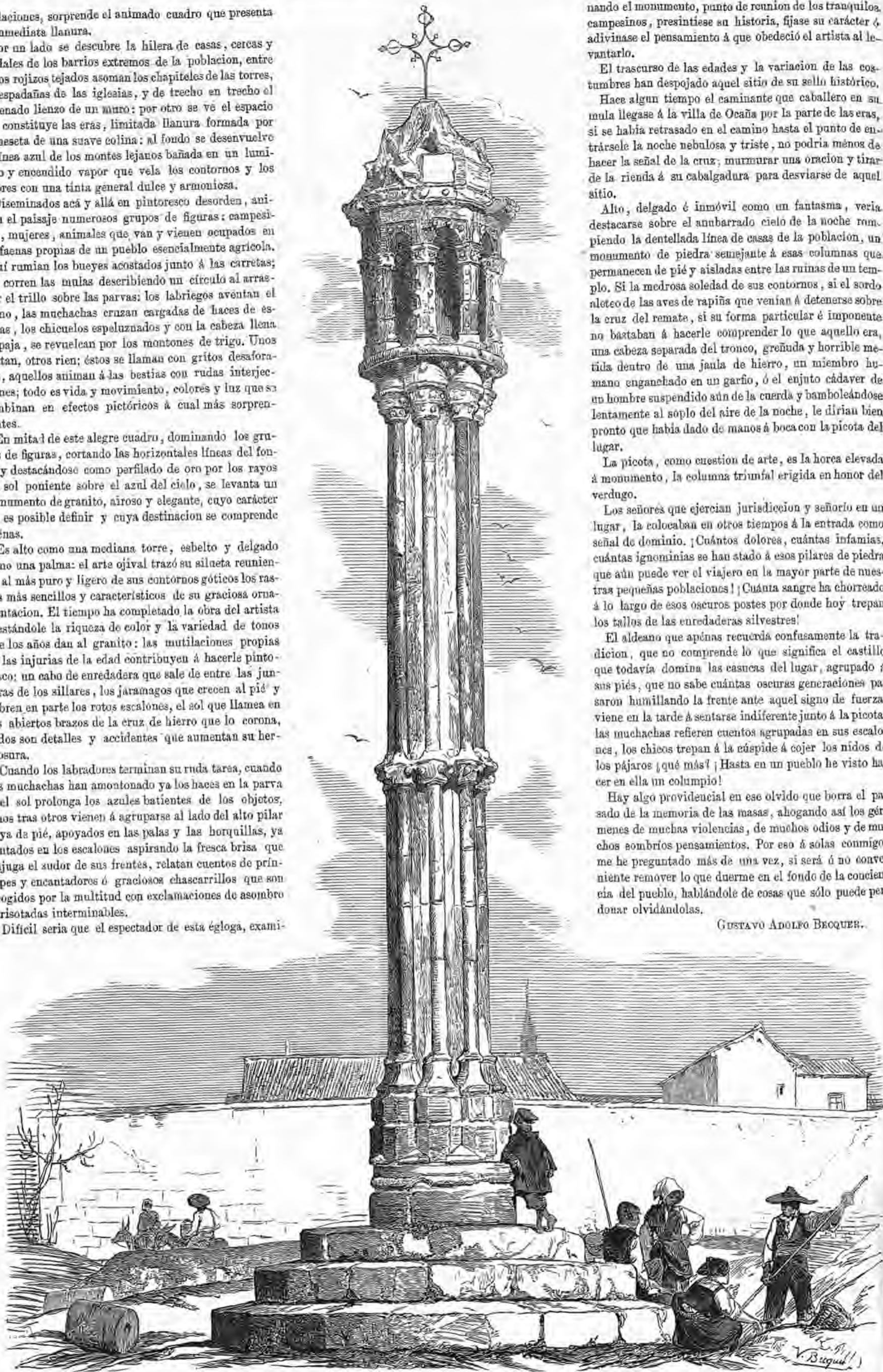
La picota, como cuestion de arte, es la horca elevada á monumento, la columna triunfal erigida en honor del verdugo.

Los señores que ejercian jurisdiccion y señorío en un lugar, la colocaban en otros tiempos á la entrada como señal de dominio. ¡Cuántos dolores, cuántas infamias, cuántas ignominias se han estado á esos pilares de piedra que aún puede ver el viajero en la mayor parte de nuestras pequeñas poblaciones! ¡Cuánta sangre ha chorreado á lo largo de esos oscuros postes por donde hoy trepan los tallos de las enredaderas silvestres!

El aldeano que apenas recuerda confusamente la tradicion, que no comprende lo que significa el castillo que todavía domina las casucas del lugar, agrupado á sus piés, que no sabe cuántas oscuras generaciones pasaron humillando la frente ante aquel signo de fuerza, viene en la tarde á sentarse indiferente junto á la picota; las muchachas refieren cuentos agrupadas en sus escalones, los chicos trepan á la cúspide á cojer los nidos de los pájaros ¡qué más? ¡Hasta en un pueblo he visto hacer en ella un columpio!

Hay algo providencial en ese olvido que borra el pasado de la memoria de las masas, ahogando así los gérmenes de muchas violencias, de muchos odios y de muchos sombríos pensamientos. Por eso á solas conmigo, me he preguntado más de una vez, si será ó no conveniente remover lo que duerme en el fondo de la conciencia del pueblo, hablándole de cosas que sólo puede perdonar olvidándolas.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.



LA PICOTA DE OCAÑA.



LAS CAÑONERAS ESPAÑOLAS ESCOLTADAS POR EL VAPOR "PIZARRO".

- NÚMERO 1 ERICSSON.
- 2 ARTURO.
- 3 RÁPIDO.
- 4 ARGOS.
- 5 LINCE.
- 6 CENTINELA.

- NÚMERO 7 GUARDIAN.
- 8 VIGÍA.
- 9 ASTUTO.
- 10 DIONADO.
- 11 ELCO.
- 12 DESTELIA.

- NÚMERO 13 CONTRAMAESTRE.
- 14 MARINERO.
- 15 SALVADOR.
- 16 OBLAGE.
- 17 LEUREL.
- 18 CAZADOR.

- NÚMERO 19 CALIBRE.
- 20 GACELA.
- 21 TELÉGRAMA.
- 22 CALLAO.
- 23 ARDID.
- 24 INDIO.

- NÚMERO 25 CARIBE.
- 26 ALARMA.
- 27 DESCUBRIDOR.
- 28 YUMURÉ.
- 29 FLECHA.
- 30 DARDO.

EL CASINO

Y EL CAFÉ DE LA IBERIA *.

I.

¿En dónde reside esa reina del mundo que se llama opinion pública? La opinion pública, aire que no se ve, pero que á veces se convierte en huracan que arranca de cuajo árboles seculares; vapor que no se palpa, pero que en ocasiones se condensa en nubes y produce la tempestad, que todo lo lleva por delante; resultado de fuerzas latentes, anónimas, invisibles, pero contra las que son impotentes en casos determinados el fusil Chassepot y el Cañon Krup; la opinion pública está en todas partes y no está en ninguna. Está en la corte y en las aldeas, en las ciudades y en el campo, en las Asambleas y en los garitos, en los comicios y en los periódicos, en la industria y en el comercio, en las artes y en las letras, en la plaza pública y en el hogar doméstico, en los templos y en los casinos, en las universidades y en los cafés, en los palacios y en las tabernas. Aquí habla en nombre de la monarquía, allí en nombre de Dios; ora evoca lo pasado, ó palpita con lo presente, ó ya es aurora del porvenir, beulla á la luz del día, se esconde en las tinieblas de la conspiracion, sube á la tribuna, baja á la prensa, murmura en los casinos, gruñe en los cafés, maldice en la taberna. Proteo con mil formas, voz con millones de ecos, suma de intereses varios, organismo de entrañas sin número, inmenso laboratorio químico en donde entran elementos tan heterogéneos y de donde sale la armonía que admiramos en la vida social.

Estudien otros á la opinion pública en sus grandiosas y regulares manifestaciones, en la cátedra cuando forma las generaciones futuras, en los comicios cuando procrea los poderes públicos, en las mayorías de las Asambleas, que son su órgano, cuando no la desconocen y sacrifican, en las minorías que á veces se la atraen y á veces la espantan; en el periodismo que la cultiva y ednea ó la envenena y perverte; apliquen otros su análisis á todas estas instituciones sociales que brillan en lo alto; yo voy por más humildes esferas y aplico el microscopio de mi menuda observacion á un piso principal y á un piso bajo de la carrera de San Jerónimo: al Casino del Príncipe y al café de la Iberia.

II.

El Casino es una de las reuniones más agradables de la corte, á donde concurren todos los que en ella tienen ó aspiran á alguna notoriedad. No hay lujo, no hay profusion, no hay magnificencia; pero el *confort* está admirablemente entendido. Una atmósfera tibia en los mesas de invierno, cuando los aires del Guadarrama amenazan constantemente con una congestion fulminante á todos los pulmones madrileños; una frescura inverosímil cuando los rayos del sol canicular amenazan con un tifus mortal á todas las cabezas que los sufren, cómodas butacas, blandos sofás, elegantes colgaduras, ricas alfombras, buena mesa para comer, excelente gabinete de lectura, chispeante conversacion, juegos de todas clases, camareros diligentes, crónica viva de todas las debilidades y de todos los escándalos, chistes, epigramas, sarcasmos; hé aquí los atractivos irresistibles que tiene el Casino para todo hombre que vive en Madrid.

Así se explica que acudan á sus salones, viejos, jóvenes, literatos, políticos, bolsistas, comerciantes, aristócratas, propietarios, empleados, representantes de todas las profesiones y de todas las gerarquías sociales. Los viejos piden allí á la murmuracion aquellas punzantes emociones, aquellos amargos goces, últimos reverdecimientos de la pasion que el espíritu saborea con tanta más voluptuosidad cuanto que, pareciendo rejuvenecer las naturalezas gotosas y arruinadas, precipitan su disolucion; los adolescentes no se consideran hombres de mundo hasta que obtienen el título de socios del Casino ni se creen autorizados hasta entónces para gastar el más bello caudal de la vida, la juventud; los literatos encuentran caracteres para sus obras, ó si no, pasto fresco y abundante para la maledicencia, atmósfera en que de ordinario viven; los políticos depositan en la intimidad de sus conversaciones aquellos acres residuos de la bilis que las conveniencias sociales no les permiten desahogar en la tribuna ó en el periódico; los aristócratas alimentan su ocio, es decir, emplean noblemente su tiempo; el hombre de administracion cultiva relaciones, esto es, busca ascensos; los jugadores acuden á su natural san-

tuario y procuran estudiar y conocer á fondo las artes griegas, no precisamente del siglo de Pericles, sino de tiempos más adelantados en la civilizacion y en el progreso, las sublimes artes griegas de nuestros días que tales prodigios realizan sobre un tapete verde; allí, está, en una palabra, el paraíso de todas las pasiones de buen tono y singularmente el quinto cielo de la felicidad humana, ó sea la murmuracion, que, en sus infinitas formas, llega á ser un placer así para las naturalezas más dulces, inofensivas y piadosas, como para los espíritus fuertes y los corazones extragados, para quienes la honra agena es pelota que pasa de mano en mano con risa y chacota de todo el mundo.

No extrañéis, castas esposas, que vuestros maridos abandonen el hogar doméstico. No extrañéis, cariñosísimas madres, que los hijos de vuestras entrañas tengan en ménos el calor de la familia. ¿Pueden las madres, pueden las esposas, pueden los hijos ofrecer los atractivos mal sanos, pero irresistibles, que ofrece la buena sociedad que se ranne en los salones del Casino? Antes de la hora que llama al teatro, por lo que todos abandonan su casa apenas hecha la comida, y despues que concluye el teatro, por cuyo motivo nadie se recoje á su hogar hasta que raya el nuevo día, ¿qué horas, ó por mejor decir, qué instantes, porque las horas en estos casos son instantes, qué instantes de supremo deleite no se pasan en aquel santuario levantado á todas las pasiones humanas!

Despues de comer, cuando un verdadero sibarita quiere gozar con las placeres filosóficos de una digestion feliz, puede arrellanarse muellamente en una de las butacas de los salones del Casino, pedir café y encender un tabaco. Allí, sin moverse, sin hablar, en perezosa actitud oriental, con silencioso recogimiento, siguiendo las caprichosas espirales del humo de su cigarro y saboreando lentamente el sabroso moka de su taza, podrá gozar de todas las voluptuosidades de la inteligencia, prestando sólo un poco de atencion á los chispeantes diálogos entablados de silla á silla por los elegantes casinistas, ó que sostienen algunos grupos que se pasean, hasta que todos, los que están de pié y los que están sentados, forman el círculo, tan conocida ya en todo Madrid, llamado por feliz antífrasis el *Coro de Angeles*.

El Casino es á la buena sociedad de Madrid lo que el salon de Conferencias á la política. ¿Queréis saber lo que pasa en las altas esferas oficiales? Pues no asistais á las sesiones públicas y solemnes de la Asamblea, id y estad al salon de Conferencias. ¿Queréis saber lo que pasa en los salones de Madrid? Pues no frecuentéis la alta sociedad: id al Casino. Allí se sabe el secreto de las grandes fortunas que se improvisan, irreprochables para los tribunales, impuras para la conciencia. Allí se arrancan los velos que encubren esas santuosas miserias que se pasean en coche y deben todavía á Lázaro la carretela en que se ostentan con magnificencia insolente. Allí se ajusta la cuenta, céntimo por céntimo, á esos grandes señores que gastan como Rothschild y son los perdidosos que piden una limosna á los ministros pasados, presentes y futuros de todas las situaciones. Allí se despedaza sin compasion al hombre político que tiene una debilidad, á la dama elegante que tiene una flaqueza, al magnate que protege á los amigos de su mujer ó al complaciente marido que presta su linda esposa para que haga los honores de la casa en la del ilustre personaje que lo encarama á las grandes posiciones. Allí está la piedra de toque en que se aquilata el mérito del drama que se estrena; allí se levantan ó se hunden los oradores que hablan en las Cortes, como se hunden ó se levantan las *primas donnas* del teatro de Oriente. Allí se describen los talones invulnerables de los Aquiles modernos, los vicios vergonzosos de los Catones de nuestros días; allí sabreis de qué antro oscuro saca un humilde empleado para dar suntuosos hanquetes y espléndidos bailes, en que la trufa y el champagne se prodigan, al mismo tiempo que tiene palco en Oriente y pasea en coche á la dudosa vestal que lleva su apellido; allí averiguareis el modo ingenioso que tiene algun ministro de ocultar sus rapiñas, bien prohibiendo á la familia (¡oh santo y económico varon!) hasta la celebracion de reuniones caseras en que se consume una docena de azucarillos, ó bien pagando al menudeo sus deudas atrasadas, mientras que la vanidad de su mujer (¡oh pensadora Eva que pierde á su marido!) ostenta preseas de brillantes que valen una fortuna.

Así, pues, justo es decirlo. Allí está (moral, se entiende) la galera, el presidio, la argolla, el pilori de todos los adulterios, de todas las infamias, de todas las inmundicias, de todos los crímenes que escapan á la sancion del Código y que se pasean triunfantes y orgullosos por los aristocráticos salones de esta bendita corte.

Pero fuera de estos casos, en que la justicia social, por decirlo así, suple moralmente á la justicia legal, aquellos son unos vistosos juegos de Bengala que los hombres de ingenio queman todas las noches en aras de la calumnia; porque allí se oye á cada instante el chiste que mata una reputacion, el epigrama que despedaza una honra, el sarcasmo que amarga para siempre una existencia. Las gentes ricas, el chiste, el epigrama, el sarcasmo corre de boca en boca, el eco lo extiende, la envidia lo prohija, la calumnia lo envenena, la malignidad lo acaricia y pule, llega á la calle, entra en los cafés, penetra en el hogar doméstico, recorre triunfante la capital y se pasea terrible, mordente, acerado, por las columnas de todos los periódicos. ¡Ay de la situacion que tenga en contra suya el *Coro de Angeles*! ¡Ay del ministro que concite sus iras! El hombre público tiene defensa contra la tribuna y contra la prensa; pero es impotente contra el rumor impersonal, anónimo, múltiple, eterno, fatigoso é infatigable que el soplo de una boca festiva produce en la atmósfera al lanzar el donaire ó el epigrama que marca el ridículo sobre la frente de un individuo, sobre un partido ó sobre una situacion.

La agradable y dulcísima hora de la maledicencia, rápida y fugitiva como el placer, y más si es vedado, no se prolonga más allá de la una. Despues los grupos se disuelven, acaba el coro de ángeles, el público se recoge, los salones van quedando á oscuras, y el silencio sólo se interrumpe por el ruido de la moneda que cae sobre el tapete del treinta y cuarenta. ¡Respetemos ese otro santuario del vicio, en donde, atropellado el corazon, con vértigos la cabeza, deslumbrada la vista por el fulgor del oro, pasan en claro la noche los adoradores del dios negro y del dios encarnado, oscilando perpétuamente entre la muerte y la vida, entre la embriagadora fortuna y la punzante miseria! Dejémoslos allí, basta que, como á las aves nocturnas, los llame á su nido la nueva luz del día, en que se retirarán, los que ganan sonriendo dulcemente y acariciando con su mano el oro ó los billetes que ocultan en el bolsillo, los que pierden murmurando imprecaciones y arañándose sus propias carnes; ninguno para gozar de un sueño tranquilo; todos para seguir en el insomnio de la fiebre.

III.

Dejemos ya el piso principal y entremos en el piso bajo, en donde está el caté político por excelencia, el café de la Iberia.

La historia de los cafés en nuestra patria seria curiosa, no sólo por la influencia que han ejercido en la política, sino tambien en la literatura. Todo el mundo recuerda la dictadura intelectual que ha ejercido en la corte el Sanhedrin literario del café del Príncipe, por donde han pasado todas las glorias de nuestro moderno Parnaso. Ser admitido en el imponente arcóforo, estrechar la mano de los ilustres vates que lo componian, mezclarse en sus conversaciones, oír sus chistes, era la suprema aspiracion de todos los aficionados á la literatura; penetrar en aquel recinto augusto equivalia á escalar el Olimpo; estrechar la mano de alguno de aquellos ingenios, significaba tanto como seducir á las musas y conquistarse la inmortalidad! Tiempos de oro para la literatura y para la política, de emulacion en las inteligencias y de entusiasmo en los corazones; tiempos de fe, de abnegacion, de generosidad, de poesia, de patriotismo cándidos y viriles, de virtudes hidalgas y generosas; ¿á dónde sois idos? Os barrió el soplo de una generacion precozmente descreida y más precozmente positivista y utilitaria. Un siglo parece que nos separa de aquellos días, aún tan cercanos á nosotros. Todavía el templo está en pié, pero los dioses se han ido, y con ellos los sacerdotes y la muchedumbre que han perdido la tradicion del culto. ¡Pobre café del Príncipe, ayer sagrado templo de Apolo; que hoy debes al juego del billar, quizás á vulgares chisperos que acuden á tu desierta sala, una vida tan precaria y miserable!

Como pasó el café del Príncipe, pasaron los cafés de Lorencini, de San Sebastian, de la Fontana de Oro, tan célebres en los días más encendidos de nuestra revolucion. Principalmente en la época de 1820 á 1823, estos cafés eran verdaderos clubs, con grande influencia en la opinion y sobre los gobiernos; trataban con ellos de potencia á potencia, imponian su veto, eran más que los *meetings* de Inglaterra, recordaban á los jacobinos y á los franciscanos de la revolucion francesa; fueron el cráter por donde las logias masónicas de España vomitaban la lava revolucionaria. Alcalá Galiano, Gorostiza, Adán y tantos otros, encendian á la muchedumbre con sus discursos tribunicios, provocando con sus temeridades conflictos terribles é incesantes al gran patrio que presidia el Gobierno, al insigne Argüelles. ¡Trist! desti-

* Este artículo forma parte de una coleccion que su autor piensa publicar con el título de *El hijo imperio*.

no el de los liberales fogosos, embarazar á los gobiernos amigos y preparar el triunfo de las reacciones; ceñir el gorro frigio en su mocedad y deshonrar su vejez con apostasías, empezar por convertir la libertad en una bacante, y concluir por acomodar el cuello á todas las servidumbres!

La educación política, la experiencia atesorada, la acción del tiempo, han ido acabando con la tendencia que convertía los cafés en centros de acción y en clubs revolucionarios. Ya en tiempos de la última explosión patriótica de 1864, esa tendencia no se manifestó con la audacia de otros tiempos. Agitación, movimiento, efervescencia había en esta época en los cafés de Madrid; pero no se subían los oradores sobre una mesa, improvisada tribuna, y arengaban á la multitud á fin de disponerla para el combate diario con el gobierno. Fueron entonces los cafés, como en mayor ó menor escala lo serán siempre, grandes respiraderos de la opinión por donde escapaba el fúido revolucionario, por donde salían las quejas de los descontentos, las iras de las ambiciones chasqueadas, los furiosos de la impaciencia y de la temeridad; pero, mientras los cafés no vayan más allá, las medidas preventivas de que sean objeto, más que defensa y amparo de los grandes intereses sociales, revelarán la tiranía de un gobierno que llega á la omnipotencia de las pequeñeces y al despotismo de los detalles.

Hoy, pálida reminiscencia de los que fueron en otros días los cafés políticos, tenemos el de la Iberia, que es el sitio predilecto en donde se reúnen pacíficamente todos los que se ocupan más ó ménos de la cosa pública, desde el ex-ministro de la Corona hasta el estudiante todavía matriculado en el Instituto ó en la Universidad. El antiguo montadero de la Villa, la Puerta del Sol que ántes era la Bolsa política de los madrileños, se ha trasladado hace ya tiempo á este café. Por él pasan á una ó otra hora de la noche, cuando no están allí hasta que los mozos del café los despidan, políticos de todas las opiniones. En la Iberia se sabe todo lo que pasa en la España oficial y política. Allí se dan los detalles de una crisis que lleva á un gabinete al sepulcro cuando todavía ningún síntoma la anuncia al público; allí se habla del triunfo de una revolución cuando apenas tiene el estado de foto; allí se dilucida, por supuesto con más amplitud que lucidez, y con más gritos que razones, todos los problemas que están sobre el tapete de los gobiernos y de las Cortes; allí se contrasta el mérito de los hombres de Estado, de los oradores y de los periodistas; allí hay un telescopio para descubrir las grandes cosas que están lejos, un microscopio para analizar las cosas menudas que están cerca; se trata acerca del presente y del porvenir de la nación española; se habla á veces de una cosa en voz alta y de otra en voz baja; el pretendiente desairado por la mañana araña, sin compasión, al ministro adulado pocas horas ántes; el periodista toma el pulso á la opinión; el ex-ministro se rejuvenece y restaura con un baño de popularidad; el covachuelista es tolerante con todas las opiniones, porque con todas quiere tener su rincón en el presupuesto; se codica el provinciano con las celebridades de la corte; corre de boca en boca la última noticia que llega de palacio; pasa de mano en mano un papel misterioso, que acaso es un periódico clandestino, y entonces el que lo da y el que lo recibe, ambos dirigen una mirada recelosa á su alrededor, porque se han dado casos de que algunos mozos de café sirvan de policía, y aun de que algún agente de la secreta haya creído salvar á la sociedad llevándose á la cárcel á los pobres lenguaraces que creían poner en conexión á los gobiernos con los discursos que inspira la excitación nerviosa y pasajera del café y del *fin champagner*. Quién sabe si todo un capitán general, vestido de gran uniforme y escoltado de una gruesa patrulla, por lo que pudiera suceder, acudirá presuroso, avisado discretísimamente por la astuta policía, á sorprender una terrible conspiración que se trama en un oscuro café ó chocolatería, y luego impudrá una fuerte multa á su dueño, y llevará triunfante á la proyección como un conspirador peligroso á un semi-*paranaje* de su propio partido!

Es necesario que se desengañen los gobiernos; los conspiradores no salen de las tinieblas profundas en que se esconden para descubrir sus planes á los gobiernos ó á su policía. Mineros infatigables que persiguen un tesoro, trabajan en el fondo de los subterráneos hasta el día que pueden presentarlo envejecidos ante la sociedad. Acaso los cafés se dan la mano con las logias ocultas, como los casinos están en comunicación constante con los cafés, más bajos que ellos en la escala social; pero hay que tirar una línea divisoria entre lo que se presenta á la luz del día y lo que se esconde, entre la opinión pública que también se puede manifestar confu-

samente en los cafés, sin propósito de traducirse en vías de hecho, y la conspiración que huye de la autoridad, se oculta en la sombra, y sólo espía la ocasión para convertirse en sedición armada. Conspiración que se derrama por las calles y entra insolente en los cafés, es revolución consumada y no la evitan, ántes bien la precipitan y exacerbaban agentes de policía, pero gobierno que trata á los cafés como si fueran clubs revolucionarios, no es gobierno, es simplemente una tiranía que quiere imponerse por el terror.

IV.

Bajo otro punto de vista más amplio y más puro, hay que deplorar la afición irresistible que precipita á la generación actual en los cafés públicos.

Yo puedo asegurar que siempre que me ha ocurrido retirarme algo tarde y me he encontrado que á la una y á las dos de la madrugada los grandes y lujosos cafés que ocupan el centro de Madrid estaban llenos de gente, una triste reflexión ha preocupado hondamente mi espíritu.

Todos aquellos seres humanos, tienen padres, tienen madres, tienen esposas, tienen hijos, y sin embargo, renuncian horas y horas á recibir y á comunicar el dulce y santo calor de la familia, el espíritu vital, la base social, el principio de regeneración y de perpetuidad de la raza humana.

Todas aquellas gentes viven de su inteligencia ó viven de sus brazos, y al asomar al día los llamaré el trabajo con la inexorable voz de la necesidad, con el acicate irresistible del hambre, cuando por consecuencia de la larga vigilia á que los sujeta una costumbre viciosa, tendrán embotada la inteligencia y anervados los brazos.

Todas aquellas gentes convierten la noche en día y el día en noche, de modo que como no se violan impunemente las leyes naturales, la salud se arruina y la raquitis invade y se apodera precozmente de las organizaciones más ricamente dotadas.

Pedid orden, economía, sobriedad, higiene, afición al trabajo, á esa muchedumbre de *heraganes* que se acostumbra tan gratamente á malgastar el tiempo, que cambia sin pesar, que cambia con gusto las comodidades modestas, pero inteligentes y previsoras de la familia, por el lujo aparatoso y banal de los cafés públicos, que crece respirar el oxígeno de las montañas y del campo cuando se asfixia en aquella atmósfera saturada de vapores impuros que materialmente se mascan, y que imagina conversar con los dioses inmortales ó con Sócrates y Platon, cuando ménos, al saciar todos sus apetitos intelectuales con el alimento mal sano de la maledicencia!

Todos, cual más, cual ménos, en uno ó en otro período de la existencia, hemos hecho la vida de café; pero confieso que no he podido nunca explicarme el poderoso incentivo, la atracción irresistible que tiene para tantas gentes de todas edades y condiciones.

Allí la familiaridad grosera quiere pasar por intimidad cariñosa, la envidia pone cátedra de talento y la impotencia representa con los demás tanto como consigo misma la farsa grotesca del genio desconocido; todos los talentos abortados, todas las inteligencias agotadas, todas las ambiciones y todas las impaciencias que se rezagaron, se buscan y consientan allí para bajar á su nivel ó reducir convencionalmente á la nulidad á los que levantó el éxito, aquel éxito que es hijo legítimo y hermoso del trabajo, procreado con amor en el silencio y en la honradez, en la soledad del gabinete, en el recogimiento del estudio y que nunca nació, con caracteres evidentes de permanencia y duración, de entre los ruidos y frivolidades de los casinos y de los cafés.

Allí no se conoce el sentimiento de las conveniencias, la delicadeza de las formas; allí desaparece la mujer, que es la que suaviza las asperezas entre los hombres y suprime ó templá los rozamientos del trato social, y si por ventura hay mujeres, Dios nos libre de las mujeres que pasan la noche entera en un café, porque indudablemente ya la virtud, la castidad, la dulzura, el pudor, huyeron de aquellos ángeles caídos que apenas conservan en sus marchitos rostros algún pálido reflejo de su pristina y virginal hermosura.

Allí bullan y hormigean los políticos de café, los oradores de café, los literatos de café, los artistas de café, que fuera del café no son nada, para quienes el café lo es todo, patria, familia, afecciones; raza de bohemios, plantel de verdaderos enuecos de la política, del arte, de la literatura, de la oratoria y que llevan en sus huesudas y demacradas facciones el triste sello de su prematura ruina, la señal tremenda del cretinismo físico, intelectual y moral que caracteriza á nuestra época.

Concibo que los jóvenes que lleguen de provincias, con el alma rica de ilusiones, con el cerebro lleno de ideas, con una organización exuberante de savia, pudien-

do girar espléndidamente sobre el abundante caudal de su juventud, vayan al café y se entreguen, en sus momentos todavía de seguridad y de vértigo, á las frívolas disipaciones de aquella vida; pero si no son en esas áridas regiones aves de paso, si al dar dirección á su existencia no dan á su actividad otro alimento que el alimento negativo de la ociosidad enmohecadora, ó la carne cruda de la maledicencia, si enriquecen la triste colección de los *genios desconocidos de café*; si á semejanza de los musulmanes, se pasan las noches eternas de uno y de otro invierno entre el humo de su cigarro y el humo de su taza de achicorias, entonces que se despidan de toda esperanza de éxito serio en la vida.

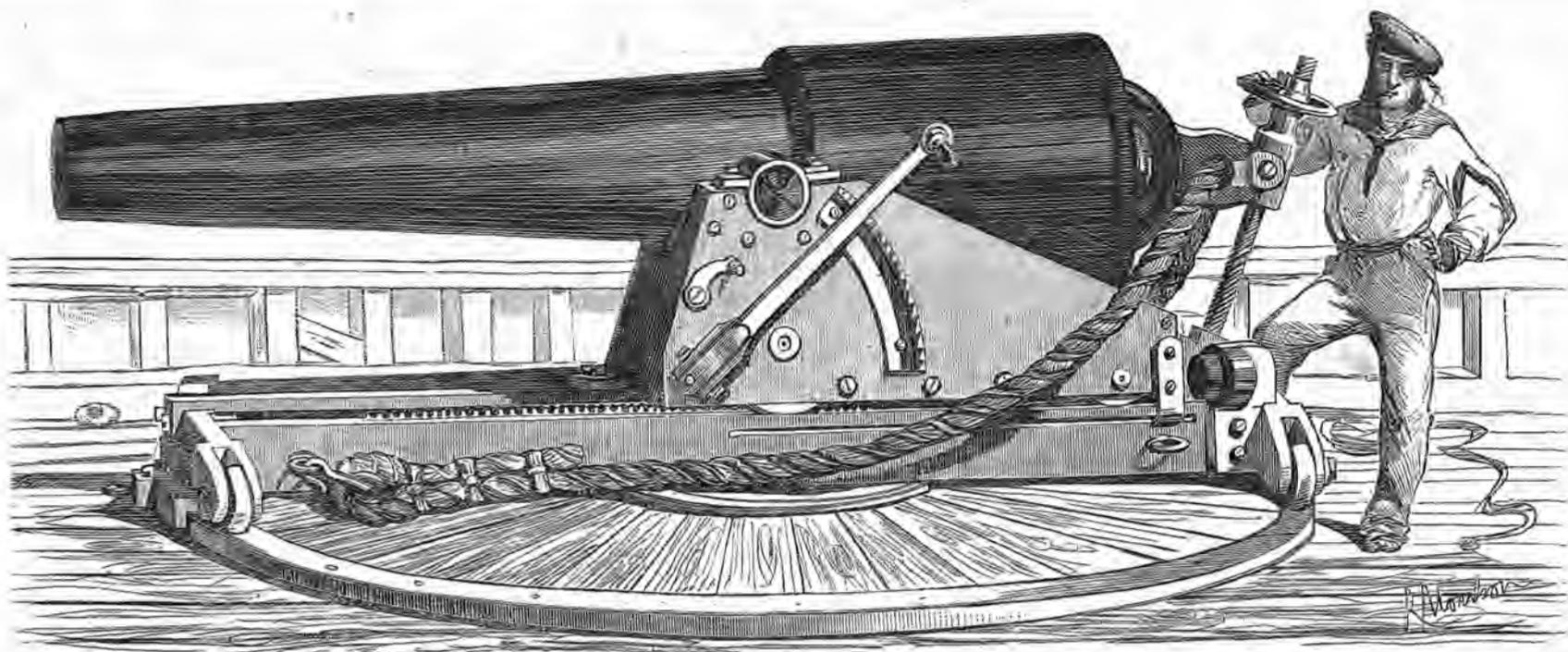
¡Ah! Los que quieran saber por qué no somos un pueblo serio, activo y laborioso, cómo nuestro país está pobre, habiéndolo hecho rico la madre naturaleza, por que eternamente, mande quien mande, los españoles con los mendigos del presupuesto, que pase por la Puerta del Sol á las dos de la madrugada, y al ver aquellos seis ó ocho cafés lujosos, magníficos, verdaderamente orientales, atestados todos ellos de gentes que se emancipan de sus familias, que abandonan sus casas y que se olvidan que al día siguiente han de reanudar la santa tradición del trabajo, encontrarán la clave del enigma.

V.

Así, no he de ser yo quien vaya á reconocer la legitimidad de la influencia que como centros ó órganos de opinión tengan los casinos y tengan los cafés. Reconozco de buen grado que la atmósfera que en ellos se forma y ahoga á veces á los gobiernos, es el producto de emancipaciones sociales impuras, de ambiciones, de odios, de impaciencias, de vanidades en activa fermentación, pero el correctivo de este mal no está en acudir al procedimiento fácil, cómodo y expedito de la tiranía, no está en prohibir á los casinos que hablen de política, bajo la amenaza de una deportación, y en inundar de policía los cafés para trasladar á la cárcel á los lenguaraces y á los imprudentes. Las seis ó ocho personas que se reúnen á hablar de política alrededor de una mesa de café ó formando un círculo en el Casino, pueden hacerlo con más seguridad, con más comodidad en la casa de cualquiera de ellos, sin que la policía pudiera seguirles ni perseguirles allí; de modo que, por mi parte, no creo que el mal de los cafés ó de los casinos consista en que hablen de política, sino en la influencia desastrosa que tienen en las costumbres, en el hogar, en la familia, en los hábitos de trabajo. La influencia política de los cafés y de los casinos significaría bien poco si la sociedad española estuviera bien constituida desde los cimientos á la cúpula; si todos ocupásemos el lugar debido; si las clases acomodadas abandonaran su criminal inercia; si desde la altura nos bajara aquel ejemplo que marca el rumbo á los demás; si la ilustración se difundiese y penetrara en todas las clases sociales; si la afición al trabajo se extendiera y se honrara el trabajo mismo como una dignidad.

Entonces los cafés y los casinos no serían lo que son y en todo caso la atmósfera que en ellos se formase nada podría ó podría muy poco contra los gobiernos que tuvieran en su favor las fuerzas vivas de la nación representadas: en la industria, en el comercio, en la propiedad, en las artes, en la literatura, en las ciencias, en todas las profesiones útiles de un Estado. Estas clases no alcanzan entre nosotros aquel grado de esplendor y virilidad que tanto influye en la grandeza de otras naciones, pero aún en el estado menguado y enfermizo que hoy tienen, más consideración obtendrían si no fuera por su propia abdicación y abandono, á pesar de las invasiones abusivas de los gobiernos y de la audacia atropelladora de las oligarquías políticas que de ordinario nos mandan.

Estas clases que piensan, estas clases que producen, estas clases que trabajan, deben de comprender la alteza de su misión y saber resistir el desaliento que acobarda y el egoísmo que envilece. Estas clases, que son la levadura del país, cuando una reacción ó una revolución nos amenaza con la barbarie ó con la corrupción, deben ponerse atrevidamente en frente del monstruo, y estén seguras que lo vencerán. Las revoluciones y las reacciones en España son como esos riachuelos que se convierten en torrentes devastadores el día de la borrascas; pero que vuelven pronto al humilde caudal de agua que es tan fácil encauzar y dirigir. Si una revolución triunfa, esas clases no deben esconderse tímidamente en sus casas, sino salir á la calle é imponerse al club, á la tertulia, hasta á la barricada en el momento oportuno. Si una reacción se levanta, es necesario que no se dejen imponer por el terror y que salven su país. Disciplinar las muchedumbres, contener á los gobiernos, educar las nuevas generaciones, defender el orden social, salvar la libertad, ser el ejemplo vivo para todos; hé ahí la misión de esas clases, misión difícil, de eterna lucha, de



MODELO DEL CAÑON CONSTRUIDO POR M. ERICSSON PARA LAS CAÑONERAS ESPAÑOLAS.

agitacion constante, pero alta y noble y salvadora mision, que si no se sabe ó no se quiere llenar, es necesario que nos declaremos indignos de toda civilizacion y que presentemos humildemente nuestro cuello á la sangrienta dictadura de un Murawieff ó á la salvaje brutalidad de un Rosas, á la servidumbre de Polonia ó á la anarquía americana.

C. NAVARRO Y RODRIGO.

Febrero de 1868

EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

EGLOGA CONTEMPORANEA

POR

LUIS DE EGUILAZ.

(Continuacion.)

VI.

LA FÁBRICA DE ENCAJES Y LA SED DEL DESIERTO.

Un mes no era bien pasado desde el día en que se verificó la conversacion que á grandes rasgos he copiado, cuando una tarde, entre dos luces y á la puerta del caseron de Melita, se encontraban reunidas todas las muchachas y no pequeña parte de la chiquillería de Valdesuno, sentados en pedazos de *pitaco* y moviendo á compás los palillos de hacer encajes, cuyo ruido sólo se interrumpia por las alegres carcajadas que soltaban todos los congregados al oír una cómica narracion que brotaba de los labios de nuestra heroina, mientras sus dedos manejaban con pasmosa celeridad los útiles de su oficio.

—Allí viene Pedro Estudia, dijo con sonrisa maligna una de las muchachas; allí viene Pedro con sus almarjos.

—Buenas noches, Melita y la compañía, exclamó

Pedro acercándose al corro y llevando sobre sus espaldas una verdadera carga de la planta de las marismas.

—Buenas noches, Pedro; contestaron cien voces en coro.

—¿Se ofrece algo, Melita?

—Nada, hijo. Entra y deja los almarjos en el corral grande.

—Con permiso, dijo Pedro humildemente, desapareciendo en el zaguan.

—Te burlas demasiado de él, que es un buen muchacho, que te quiere mucho y te haria feliz; dijo al oído de la encajera una moza de veinte años que á un lado estaba.

—No me burlo.

—¿Entonces, por qué no te casas y por qué le haces venir todas las noches cargado de yerbas, cuando el pobre estará rendido del trabajo del día?

Pedro volvió á aparecer en la puerta.

—¿Se ofrece algo? Dijo parándose al lado de su novia.

—Que te vayas á descansar, contestó ésta.

—Todos los días ahorro dos reales.

—Si todos los días tuvieras trabajo, eso haria al cabo del año treinta y seis duros, que al fin de los cinco harán ciento ochenta. Bueno es ahorrar; pero eso no basta, Pedro, estudia.

—Bueno. Á la paz de Dios, exclamó Pedro en alta voz y dirigiéndose á todos.

—Adios, Pedro Estudia.

—Así me llamo desde un mes hace; pero hace un mes que estudio. Dios les guarde á todos, Melita y la compañía.

Y se alejó por la carretera abajo murmurando:

—Pedro, estudia.

Tanto lo repetía el pobre muchacho, que el dicho de su novia se le habia convertido en mote, y nadie en el lugar le llamaba de otra manera.

Cuando ya estaba cerca de su casa, cuya cerca caia sobre el camino, un polvo sofocante y un cencerreo monótono le advirtió la cercanía de una recua, por lo cual se apartó á un lado para dejar paso á los mulos de los arrieros.

—Alabado sea Dios, le dijo el que delante venia.

—Por siempre, contestó Perico.

—Buen amigo, continuó el arriero, ¿dónde daré agua á este ganado que se muere de sed y dónde podré yo remojar-me la boca, que vengo lo mismo que el ganado?

Contó Pedro las mulas que eran veinte, y dijo á su interlocutor:

—Agua para la persona, en mi casa, que es esa que está ahí, con todo lo que en ella tengo: para veinte mulas que lleva usted no la encontrará en cinco leguas á la redonda.

—¿Ni en el pueblo?

—Ni en el pueblo. El invierno pasado llovió poco y con las calinas de este verano hasta los pozos estan secos. Si el mio no estuviera tan hondo...

—¿Tiene Vd. un pozo?

—Con agua para diez pueblos; pero tan profundo, que en sacar un cubo se echa un cuarto de hora.

—No importa, buen amigo. Si Vd. me hace la caridad de dejarme entrar con mis bestias, yo sacaré el agua aunque sea del centro de la tierra, que estos mulos son toda mi hacienda, y ya no pueden más, y si se me mueren, se me acaba el pan de mis hijos.

Entraron Pedro y los arrieros con su recua en la heredad, y pasaron buena parte de la noche en sacar agua y satisfacer la sed ardiente de los pobres animales.

—¿Qué se debe, caballero? dijo el capataz de la recua echando mano al bolsillo de la faja cuando concluyó la operacion.

—El agua no se niega á nadie en tierra de cristianos, contestó Pedro.

—Dios le pague la caridad; pero yo le hubiera dado una onza de oro por cada cubo de agua que las bestias se han bebido.

—Adios, caballeros, dijo Pedro estrechando las manos, que le alargaban el amo de la recua y sus dos servidores.

—Salud, contestaron ellos volviendo á tomar el camino.

Pedro quedó pensativo en la puerta, viéndolos alejarse al resplandor de la luna naciente.

—Una onza de oro por cada cubo de agua, murmuró... pero el agua no se le niega á nadie. Estudia, Pedro.

Aquella noche no durmió. Al romper el día, en vez de encaminarse á la hacienda en que trabajaba, tomó el camino de la ciudad más próxima, que distaba de Valdesuno cerca de doce leguas.

—Puede ser que haya dado en ello, decía para sí. El agua no deba negarse á nadie; pero dándola á todos con abundancia, puede quedar para mí la bastante para hacerme de oro.

VII.

LAS SOIRÉS DE ALDEA Y LA VENDIMIA.

Desde hacia cerca de un mes no habia bailoteo en la plaza del pueblo, ni los chicos se apedreaban en las eras, dos cosas que de tiempo inmemorial no dejaban de suceder en Valdesuno todas las noches que el tiempo lo permitia. Los mozos, careciendo del aliciente que á sus veladas prestaban las chicas del pueblo, colgaban la guitarra al anochecer para irse á la cama á descansar de las fatigas del día pasado, y prepararse con el largo y dulce sueño del trabajo, á las faenas del siguiente. Era Valdesuno lo que no habia sido nunca: un pueblo trabajador mientras el sol alumbraba; silencioso desde que la luz se escondia en el ocaso; y que sólo daba señales de vida en el extremo en que como he dicho se hallaba situada la casa de Melita. Las riñas y puñaladas á que el baile,

FIGURA 1.ª



COLMILLOS DE JARATI LARADOS Y CON INSCRIPCIONES ENCOSTADOS EN LA CUEVA DE LOS MURCIELAGOS.

FIGURA 2.ª



DE LA CUEVA DE LOS MURCIELAGOS.

cuyos intermedios se hacían notar por un lleno en la taberna, daba lugar, habían desaparecido *ipso facto*: Valdesuno no era más rico ni más grande, ni más floreciente; pero sí más tranquilo, más apacible, más moral de lo que ser solía.

La panacea de los males lugareños estribaba en las *soirées* de Melita, que había hecho circular por el pueblo que, haciendo encajes, ganaba seis reales diarios, lo cual confirmó el ordinario que los llevaba á vender á la ciudad inmediata; que estaba dispuesta á enseñar su oficio á todas las muchachas y niños que quisieran aprenderle yendo á su casa por las noches provistos de boliches á hilo; que una velada con otra, una obrera ú obrero regular, podía ganarse uno ó dos reales, y que para amenizar el trabajo, mientras durase, ella se encargaba de contar cuentos á sus discípulos.

En Valdesuno nadie sabía leer; pero como buenos españoles, amaban la literatura aún sin saber que existía, y hoy uno, mañana otro, todos los que se encontraban en las circunstancias marcadas por la encajera, fueron acudiendo á la puerta de su casa, á recibir lecciones y á oír á Melita que era un libro hablado.

—¡Bendita sea esa muchacha! — gritaban á voz en cuello madres y padres al ver á sus hijos esperar la hora de la lección como el santo advenimiento. — ¡Y bendita sea mil veces, decían cuando el ordinario de vuelta de la ciudad iba de casa en casa repartiendo el producto de los encajes por cada cual fabricados; dinero bendito que aminoraba, ya que remediar no podía, la miseria común á casi todos los moradores de la aldegüela.

Pero esta alegría del pueblo se nubló pronto, porque cayó sobre él una gran calamidad. Los dos vecinos de Torre-Flores que todos los años compraban la uva, que como he dicho formaba el principal recurso de los de Valdesuno, se pusieron de acuerdo para pagarla á un precio tan ínfimo, que destruyendo las esperanzas de los pobres cosecheros, debía traer indispensablemente el hambre en el invierno próximo sobre la infeliz aldea.

—Si tuviéramos lagares y tinajas otro gallo nos cantaría, exclamaba transido de pena un viejo labrador. La uva aguanta poco, y si no la vendemos hoy se pudrirá mañana; pero el mosto, sobre poderse llevar á otras partes, se conserva sin gasto al tiempo suficiente para que no nos pusieran la ley.

—Lagares y tinajas dijo Melita á cuya puerta pasaba la conversación. ¡No se acuerda Vd. de que mi abuelo hacia vendimia en Valdesuno, y que en mi casa hay todo lo que para ella se necesita! Entre Vd. y entren todos los vecinos y limpien tinajas y lagares, y sírvanse de ellos como si suyos fueran.

—Dios te bendiga, hija, que en todo eres buena. Tú salvas al pueblo del hambre; tú eres el ángel de los pobres, á quienes procuras el pan del invierno. ¡Tú que das cuando no tienen á tí no te faltará, hija mía, porque Dios dará para ti.

—Dios lo oiga Vd., tío Antonio, que buena falta me hace y á mí también.

El tío Antonio salió pregonando por el pueblo la fortuna que Dios y Melita les deparaba: á los dos días, en el silencioso casaron, donde sólo se oían los cantares de la encajera, los ladridos de Lobillo ó los maullidos de Tecla, resonaba el acompasado chaschás de la uva estrujada por los pisadores, y el alegre hervir del mosto que saltaba en las tinajas ansioso de convertirse en vino.

—Hijo, no te apures si ves que te llenamos de orujo el corral chico: cuando se acabe esta faena vendremos con los carros para llevarlo al muladar, dijo el tío Antonio, convertido en capataz de los pisadores, á Melita, á quien esta advertencia pareció traer una idea súbitamente á la imaginación.

—Si Vds. han de tirarlo, dijo, déjenlo ahí, y sobre aborrazarse de trabajar puede que hagan favor á alguno.

—Como tú mandes, hija; contestó el tío Antonio volviendo á los lagares. Tirarlo ó dejarlo, lo mismo nos da.

Á la noche volvió á reunirse la alegre turba delante de la puerta de la encajera.

—Esta noche empieza á sentirse el frío, dijo ésta en alta voz.

—¡Qué lástima! exclamaron cien voces. Con el frío se acababan las veladas y los cuentos.

—No, si vosotras y vosotros quereis, contestó Melita, conmovida acaso por la pena que en los rostros de sus discípulos se pintaba. Como ha habido en mi casa sitio y enseres para la vendimia del pueblo, háilo para la reunión de las noches: sólo que como soy pobre y no



D. JUAN DE DIOS POLO.

tengo para comprar aceite con que os alumbréis ni leña con que nos calentemos, necesito que todo el que venga á mi casa traiga una carga de almarjos, que sólo le costará el ir á la marisma por ella, y que en cambio, ardiendo en el hogar del alambique de mi abuelo, nos dará luz para trabajar, calor para animarnos y alegría para contar y oír los cuentos nuevos, que para el invierno os tengo preparados.

—¡Viva Melita!

—¡Viva! gritó la turba entusiasmada.

Valdesuno, tenía, gracias á la encajera, lo que siempre ambicionó el pueblo romano: *pan y espectáculo*: el pasto del cuerpo y el de el alma; el pan que le aseguraba su vendimia; la distracción de las narraciones de Melita sin lo cual ya no podía pasarse.

VIII.

AL AMOR DE LA LUMBRE.

La inmensa estancia en que Melita recibía á sus tertulios de invierno, mucho más numerosos que los de verano, puesto que se habían aumentado con no pocos ancianos, que en esta estación no sabían cómo pasar el tiempo, tenía un aspecto singular. Era el resto de un antiguo alambique sobre cuyo hogar se veía una gran caldera que por medio de un tubo se comunicaba con otra cámara contigua: alrededor del fuego podían sentarse en anchos poyos muchas docenas de personas; pero las localidades no eran bastante á contener ninguna noche la concurrencia que á este teatro primitivo acudía, más por oír la comedia, que por ganar los cnarros que la fabricación de los encajes producía á los espectadores. La viva luz de la hoguera de almarjos alumbraba claramente las fisonomías de la ansiosa turba, que pendiente de los labios de Melita, movía maquinalmente los dedos haciendo chocar unos con otros los boliches, que producían un ruido monótono y acompasado. Ninguno entraba en la casa sin traer su parte de luz y combustible, bien sobre sus espaldas ó las de sus parientes, bien á lomo de las caballerías de labor, que al retirarse del campo volvían al pueblo atravesando las marismas. Tanto se afanaban todos por traer lo que nada valía, pero que tan gran placer y bienestar les proporcionaba, que el hogar incesantemente alimen-

tado era un verdadero raudal de luz y de calor, que los ignorantes moradores de Valdesuno no sospechaban hasta entónces que pudieran encontrarse entre los despreciados yerbajos de la marisma.

Allí, al influjo de la dulce palabra de la dueña de la casa, acabó más de una enemistad de aldea, de esas inveteradas que en las familias se perpetúan sin por qué con ocido de siglo en siglo; allí se concertó más de una boda que en adelante produjo grandes felicidades; allí aprendió todo el pueblo lo que Melita sabía, que en verdad no era mucho; pero que en cambio era bueno; allí, en fin, se entonó el *govi-govi* á la taberna, que tuvo que cerrarse en razón á que las más de las noches no se despachaba un mal cuartillo de vino.

Alguna de las veladas en que el viento soplabá con fuerza, entre el *trís-trís* de los boliches y el chisporroteo del hogar, alguno de los concurrentes creyó oír un ruido sordo y acompasado, que en un caseron que casi no se habitaba y que por lo tanto no podía por menos de presentar cierto atractivo á duendes y almas en pena, no dejó de inquietar á los pusilánimes; pero los más despreocupados les hicieron notar que el tal ruido podía venir de cien diferentes causas todas naturales, y que las noches que en él fijaban la atención, eran precisamente aquellas en que las narraciones de Melita tenían cierto tinte lúgubre y temeroso.

Una de estas veladas apareció de improviso Pedro, que no solía concurrir á ellas, y después de echar en el hogar una gran brazada de almarjos que traía, fué á sentarse silenciosamente en un rincón, como para no interrumpir el relato de la narradora.

—Buenas noches, Pedro, dijo ésta suspendiendo su historia y dirigiéndose á él con cierta tristeza. Hace mucho que no te dejé ver; sé que vas frecuentemente á la ciudad, y que los más de los días no acudes al trabajo. ¿Qué es de tu vida?

—Estudio, contestó sentenciosamente Pedro, Buenas noches, Melita y la compañía.

IX.

AGUA PARA TODOS.

El invierno ha pasado, y en Valdesuno ocurre una gran novedad, que es objeto preferente de todas las conversaciones. Pegado á la tapia de la haciendilla de Pedro Estudia se ha construido un gran abrevadero; de la cerca sale un caño de hierro, y cerca de él hay un manubrio de hierro también, y encima del manubrio y caño una inscripción con letras enormes que dice así:

CAMINANTE,
MUEVE ESE MANUBRIO Y POR EL CAÑO
SALDRÁ AGUA
QUE APAGUE TU SED Y LA DE LOS ANIMALES
QUE CONTIGO LLEVAS,
NO ME BENDIGAS,
PORQUE SI SACAS AGUA TU TRABAJO TE CUESTA
Y Á MÍ, QUE HE HECHO EL GASTO,
NO ME CUESTA TRABAJO EL SACARLA.

Se continuará.

TEATROS.

Lope de Rueda, comedia en tres actos por D. Luis Eguilaz.—Tres obras nuevas de D. Antonio Hurtado.—Un juguete.

Si Luis Eguilaz se había propuesto, como parece indicar el título de su comedia, retratar á Lope de Rueda, tengo para mí que no lo ha conseguido: escasas, muy escasas son las noticias que, sobre la vida del que podríamos llamar con justicia creador de nuestro teatro, han llegado hasta nosotros; esas pocas nos autorizan, sin embargo, para sostener que en el retrato se ha favorecido mucho al original: el agradecimiento que los amantes de las glorias literarias de España deben á este escritor famoso, no es incompatible con la justicia que se haga á su memoria.

Las aspiraciones nobles; los elevados fines y la vasta instrucción que Luis Eguilaz supone en el *director de la Farándula*, son otros tantos dones que el poeta moderno concede graciosamente á su héroe: plausible es la buena intención, digno de alabanza el buen deseo; comprendo que así debería haber sido Lope de Rueda; pero comprendo también que fué de muy distintas condiciones

«En todas las obras dramáticas de Lope de Rueda, su principal intento es divertir al público,» dice un historiador que no es por cierto desfavorable al autor de los *Paseos*, acerca de los cuales dice en otro lugar: «cortos, animados, sin enredo ni desenlace, y compuestos con el fin de entretener y hacer reír por algunos momentos á un público ocioso, etc.»

No desconozco la competencia de Eguílaz en este asunto, ni pretendo establecer impertinentes comparaciones entre el juicio de éste y las opiniones del historiador mencionado; pero es posible, y hasta fácil, que Eguílaz, en alas de la inspiración, haya abandonado á su modelo, y remontándose á nuestra época, presente al público su propio retrato y exprese sus ideas propias, creyendo bienamente que expone las de Lope de Rueda, á quien da seguro—dicho sea sin ofender su memoria respetable—nunca se alcanzaron, ni en imaginación siquiera, las teorías, más ó menos discutibles, que en la comedia se desenvuelven.

Pero sospecho, y no me faltan razones para sospecharlo, que la obra de Luis Eguílaz á más altos fines va encaminada, y con más elevadas aspiraciones se ha escrito; en ella, la presentación de Lope de Rueda, es lo incidental; trátase no ya de un cuadro en el cual se destaca, á manera de figura esencial, el retrato de un personaje, dibujado con exquisita corrección y exactitud escrupulosa; el cuadro, que, sin duda alguna ha querido presentar Luis Eguílaz al público del siglo XIX es el de nuestro teatro en el siglo XVI: de ese siglo en el que tuvo origen, y daba sus primeros y vacilantes pasos nuestro arte escénico, tan glorioso como cuvidado pocos años después.

Así considerada la obra, y considerada también como tendiendo á probar la importancia del teatro y su influencia, no puede negarse que tiene un gran pensamiento, elevándose, por ende, á muchísimos pies sobre las comedias que, por lo general, se escriben ahora.

Y si la concepción sola bastaría para que el autor de *Lope de Rueda* fuese digno de aplausos, no tengo que decir cuántos y cuántos merecerá por haber desarrollado su plan con estudio inteligente y con extremado acierto.

El acto primero es una excelente exposición, no muy rápida, pero hecha con el gracejo suficiente, para que se saboree con gusto y no parezca larga: el segundo es un cuadro lleno de vida y de animación, en que se aspira, por decirlo así, sabor local y se adivina colorido de época.

Aquellas disputas sándias, y finestas á veces, entre marineros y acebuchales, aquel paso de las aceitunas representado en medio de interrupciones frecuentes y de necios comentarios, aquel combate, suspendido gracias á la representación de *Las aceitunas*, todos estos pormenores están revelando la habilidad y el conocimiento, no ya sólo de la época, si que también de los efectos escénicos, que en alto grado posee el autor de *La Cruz del matrimonio*.

Para no presentar tan vivos y tan animados cuadros como escenas aisladas y sin relación alguna, el autor ha introducido en su obra los amores de Lope de Rueda y Rufina, amores contrariados en su principio y que terminan en boda al concluir el tercer acto. Conocida, aunque muy superficialmente, la índole de la comedia, comiéndese bien que su autor ha procedido con acierto justificando el carácter de Lope de Rueda y embelleciéndolo.

El parecido en este caso era lo de ménos, ya que la figura sólo se pintaba para dar pretexto y unidad al cuadro; y parece bien que en casos análogos, la verdad ideal ó artística no se lleve al extremo de confundirla con la verdad material: retrate en buen hora el historiador con inflexible precisión á los personajes cuyos nombres escribe en sus libros; el arte debe engrandecer lo que toca.

De tal ó cual inverosimilitud, de alguna disertación demasiado larga y tal vez enojosa; y de algunos otros ligeros defectos, no he de hablar; porque sobre ser de muy escasa monta, améngualos en mucho, si ya no en todo, la dificultad de la empresa, que difícil es seguramente escribir una verdadera comedia, y sube de punto esa dificultad cuando se escribe con pies forzados.

Y diga pies forzados, porque para presentar el estado de nuestro teatro en sus orígenes, ha sido preciso que Eguílaz nos presente á Lope de Rueda y sus juveniles aficiones á las farsas y á la representación; que nos lleve después á la plaza de un pueblo, y nos haga ver allí un tablado tosco y mal sostenido, al aire libre, y que por último, conduzca á sus héroes á los palacios de los grandes: tal ha sido el propósito que el poeta había concebido, y tal ha sido el que ha realizado.

Lástima que poeta tan discreto como Luis Eguílaz haya incurrido por segunda vez en el inexplicable y pue-

ril empeño de escribir la comedia en castellano de aquella época.

En el teatro no pueden sostenerse tales caprichos, porque el teatro, más que ninguna otra manifestación del espíritu, vive de la actualidad. Hay más, la afectación siempre de mal gusto, es insufrible en el teatro; el espectador padece casi materialmente adivinando, como adivina, los esfuerzos del poeta para colocar aquí una palabra, allí otra, anteponer el adverbio al verbo, posponer al verbo el artículo y estudiar construcciones antiguas y caprichosos giros.

Sobre este inconveniente, que no es pequeño, existe otro de mayor consideración, y es el de que, por regla general, todos los trabajos que en ese sentido se hacen suelen ser infructuosos.

¿Pues qué, tan fácilmente puede nuestro espíritu abstraerse de lo que con el mundo exterior le rodea?

¿Acaso el lenguaje de cada época, no es reflejo fiel y exacto de la manera cómo en esa época se quiere, se siente y se piensa?

¿Ni cómo sería posible trasportarse á otra época y hablar como hablaron los hombres de tal siglo ó de cual otro?

Esto con dificultad, con mucha dificultad puede conseguirse en obritas de poca extensión, como son por ejemplo, *Los cuentos de Hartzenbusch*; pero nunca se logra en trabajos de mayores dimensiones. Ya Moreto lo procuró en vano en *Los Jueces de Castilla* y el mismo Eguílaz trató de imitar la *fábula* en su *Querrelas del Rey Sabio*, sin conseguirlo.

Por lo que á *Lope de Rueda* se refiere, lo cierto es que después de emplear un hipérbaton tan violento como desagradable, después de intercalar, con frecuencia de mal efecto versos endecasílabos y octosílabos en muchos párrafos, después de perjudicar notablemente á la viveza y animación del diálogo y sobre todo á la expresión natural de los sentimientos, consigue únicamente el poeta emplear un lenguaje que no es el de la época que nos pinta, ni es el de nuestra época, aunque en ocasiones varias es el de una y otra, y que por lo general es una imitación del empleado por Cervantes nueve ó diez lustros después del tiempo, en el cual debo presumir que la acción se verifica.

He dicho leal y francamente lo que sobre esta circunstancia concreta opino; encuentro que el empeño de emplear lenguaje *arcaico* hoy, no ha de ser dar verosimilitud á la acción, porque sabido es que en el teatro hay una gran parte convencional; y ni los griegos hablan en su idioma, ni en el suyo los árabes, ni es posible exigir esto.

Pues pensar que el lenguaje se estacione ó retroceda es otra vulgaridad que yo no puedo atribuir á Luis Eguílaz: harto comprende el poeta, que según ha dicho un pensador profundo: «... en cada uno de estos instantes (períodos históricos) cambia la palabra porque varía el sentimiento, porque muda la idea de aquel pueblo ó de aquella nacionalidad, de la misma manera que cambia la palabra en el individuo al ascender de la infancia á la adolescencia, de la adolescencia á la edad viril, y se altera y trasforma en los tristes días de la senectud.»

Apénas dispongo de espacio para citar tres obritas del castizo escritor y elegante poeta D. Antonio Hurtado:

En la sombra es una sola escena, sin gran originalidad en el pensamiento y en la situación importante, que es por cierto demasiado violenta. Pero si el pensamiento no es nuevo, la forma es deliciosa; versificación galana, diálogo vivo y delicado, y puro lenguaje, dan al trabajo del Sr. Hurtado cierto sabor clásico de muy buen efecto, por lo mismo que nuestros paladares están poco habituados á gustarlo.

La nieta del zapatero es una balada llevada al teatro con buen acierto y mejor suerte; el paso ha sido atrevido y pudiera haber costado un disgusto; no ha sido así, gracias al feliz ingenio del poeta, y no he de censurarle por un atrevimiento justificado ya por el éxito.

Presentar un hemático y rubicundo irlandés, enamorado de una española morena, de ojos rasgados, de andar brioso y de maliciosa mirada, y poner en ridículo al hijo de Irlanda, cosa sencilla es, y cualquier poeta-atro puede conseguirlo, aquí, donde el pueblo tanto se ríe de lo extranjero; pero hacer llorar escuchando las frases mal *chapurradas* del irlandés, pareceme un triunfo reservado al verdadero poeta, al artista de corazón, que siente y sabe expresar lo que siente.

Don Antonio Hurtado obtiene ese triunfo en *Very-well* que es sencillamente un carácter bien concebido, mejor ejecutado y sentido profundamente: las figuras que acompañan á este carácter ni tienen importancia, ni es necesario que la tengan; el carácter sólo es una creación

bella: por eso el público, admirándole, ríe y aplaude y llora.

Un aplauso al poeta: mil plácemes á Manuel Catalina que realiza la creación del poeta.

Yo suplico á Vds., que después de haber aplaudido tanto no me hagan decirles cómo pienso acerca de un juguete, con honores de juego prohibido, que se llama *Belenes*.

A. SANCHEZ PEREZ.

SALONES.

Al despertar.—Por qué se retiran algunos del Casino á las cinco de la mañana.—Farrugia eréditor.—Un compromiso.—Para las ocasiones son... las amigas.—Los años.—Un académico amanuense.—Las mujeres de marmol.—Una comida misteriosa.—Los martes «fastos».—Dónde se halla.—Murmuraciones.—Estatos de acuerdo.

—; Pero hombre, es posible! ¿Está Vd. aún durmiendo á la una de la tarde?

—; Eh! ¿Quién es? Adelanta. ¡ Ola, amigo mio!

—Pues señor, le declaro á Vd. el número uno de los perezosos.

—; Hombre! si me he acostado después de las cinco de la mañana.

—; Dónde diablos á estado Vd. hasta tan tarde?

—; Toma! En el Casino.

—Buenos viciados están Vds.

—No se juega á esas horas; nos entretenemos... cuando.

—Usted siempre el mismo; alguna cana de Baltasar...

—Precisamente; aquí está la lista. «Sopa de ajo.»

«Huevos al plato.» «Merluza frita.» «Manos de cerdo grillés.» «Queso de Gruyere.»

—; Hombre! ;Hombre!

—Son los platos más excojidos, la *crème*; allí no se gasta ménos.

—; Y para cenar eso ha estado Vd. hasta las cinco de la mañana?

—Sí, señor; le explicaré á Vd. el procedimiento; es muy sencillo. A eso de las dos, cuando terminan las reuniones, se forma allí la tertulia de última hora; después de comunicarnos las noticias políticas y de murmurar un rato, se pide la cena; á los cuarenta minutos le traen á Vd. una meita, con una baudeja, un panecillo, una servilleta y una botella de agua; ya puede Vd. estar seguro que dentro de media hora le sirven *las sopas de ajo*, veinte y cinco minutos después *las manos de cerdo*, á la hora justa *la merluza frita et sic et ceteris*. Suma total, las cinco de la mañana.

—; Es posible!

—No exajero nada, y si la junta no hubiese tenido el generoso cuidado de encargarse á Farrugia de la restauración de nuestros estómagos, empresa que según parece emprenderá dentro de pocos días, no nos quedaba más que el derecho de excusar entre dos géneros de suicidio, igualmente radicales, la muerte por indigestión ó la muerte por hambre.

Pero entretenido en contarle mis desventuras gastronómicas, no le he preguntado á Vd. qué buenos vientos *matinales* le traen por acá.

—La pretension de que escriba Vd. una revista de salones para mañana, y en lo sucesivo una crónica todos los meses.

—; Socorro! ;Favor á la justicia! ;Que venga la guardia!

—Es un compromiso.

—El compromiso será mio cuando me vea delante de las cuartillas en blanco.

—No hay remedio.

—; Quiere Vd. que le haga un poema épico en diez y seis cantos? Será mucho más fácil.

—Quiero una revista.

—Pero desgraciado; no vé Vd. que yo no se hacer eso, es el género más complicado el que exige condiciones más especiales, y luego, los peligros que entraña... el vencedor de las bellas... la cólera de los feos... las quejas de todo el mundo. Esas cosas debían escribir las mujeres, ellas solas tienen el tacto necesario...

—No soy de esa opinion... pero si Vd. quiere asociarse de una colaboradora.

—Le cojo á Vd. la palabra.

—Y yo á Vd. las revistas; hasta mañana.

Y como es tan buena y tan amable, al día siguiente tenía en mi poder unas cuantas cuartillas escritas de su diminuta mano.

¿Qué estúpidas son las letras de imprenta! Siempre tan igualitas, tan serias, tan monótonas, tan alineadas...

Lástima grande que no se estenografiaren los periódicos, leerían Vds. lo que sigue escrito en una letra inglesa menuda y nerviosa, y con una ortografía irreprochable, una de esas letras de mujer bonita, educada en el Sacre Cœur de Paris.

«Amigo mio:

«Me ha costado ponerme muy colorada, pero si Vd. me promete que no lo sabrá nadie...

«Después de todo, yo no escribo un artículo. ¡Uf! ¡Qué horror!... La mando esas notas para que Vd. lo haga; son un *ébauche*; pinte Vd. el cuadro.

X.

* * *

Pero ¿quién pinta sobre un croquis de tal especie? Hubiera sido profanarlo.

Copié lo escrito sin quitar punto ni coma, guardando después en el fondo de mi cajón el precioso autógrafo, que prometo no enseñar... más que á algunas personas muy reservadas.

* * *

Las primeras horas del año de 1870 nos sorprendieron en casa de la Duquesa de Medinaceli; cuando se presenta un año nuevo con la pretension de robarnos algunas flores de la primavera de nuestra vida, lo más lógico es echar los años.

Desgraciadamente, los pícaros no se van aunque los echen, y aquí me tiene Vd., á mí, que cuento veintinueve. ¡Qué vieja!

* * *

De los estrechos de casa de la Condesa del Montijo ¿qué quiere Vd. que le diga? Ya leí el artículo que escribió Vd. sobre tan deliciosa fiesta, que improvisada en dos días, dejará, sin embargo, un eterno recuerdo.

Comedia, canto, sorteo de estrechos, baile, torta de Reyes, cena; total, seis horas trascurridas en un minuto y que no olvidaremos en toda la vida.

La *Hig life* de Madrid, debe eterno agradecimiento á las inagotables bondades de nuestra buenísima amiga; considere Vd. cuán complacidos quedaríamos todos con la agradable sorpresa que tuvimos el jueves pasado en su casa.

Un grupo compuesto de las muchachas más bonitas de Madrid, se adelantó hácia ella; á su cabeza iba Laura Sartorius con un papel en la mano.

La encantadora hija de los Condes de San Luis, leyó, con dulcísima voz y una entonación y sentimientos admirables, los siguientes versos:

Á LA CONDESA DEL MONTIJO.

Aquí veíamos, Condesa,
En comision ó embajada
Por otras discretas pollas
Tan bellas como gallardas;
Amables, pues que te imitan,
Y que son al par bizarras,
Lo prueban los corazones
Que han rendido en cien batallas.
Pues todas, pese á sus bríos,
Vienen á rendirte párias
Y de noble bizarría
Te proclaman soberana.
¡Qué fuera Madrid, señora,
Frio como el Guadarrama,
Con estos vientos que corren
Si tu hogar nó lo abrigara!
¡Qué fuera el pueblo del oso,
Con barros, nieblas, escarchas,
Córtes, política y crisis
Que infunden nieve en las almas!
Tú has creado un grato ambiente
Donde florecen las plantas
Que de hermosura y donaire
Produce fecunda España.
Allí el suave perfume,
Que lleva el soplo del aura,
Los sentidos se embebece
Y el corazón se embriaga.
Por eso luégo á deshora
En las tinieblas opacas,
Cada cual recuerda en sueños
Los salones de tu casa;
Y su festivo teatro
Y aquella mágica Alhambra,
Y ve tu dulce sonrisa
Junta con sus esperanzas.
Por eso las que torneros
A ver la esbelta giralda,
Que entre rosas y azahares
El Bétis undoso baña.
Llevamos de tus favores
Recuerdo fijo en el alma
Y también el noble orgullo
De tenerte por paisana.
En tanto, las que suscriben
Y otras muchas que no callan,
Te presentan un tributo
Que, siendo suyo, es de gracias.

Admitelo tú benigna,
Y si acaso por ser tantas
Te fatigan ó parecen
A tu modestia sobradas
Alguna al soberbio Sena
Envuelta en suspiros manda
A la perla del Oenil
Que ocupa el trono de Francia.
Que nuestras gracias admita,
Díle, pues dispensa tantas,
Ya que ha lucido la suya
Hasta en los mares del Asia.
Gracias, si: no la olvidemos,
Porque en tus maternas salas,
Aún el crepúsculo dura
De la luz con que brillaba.
De su benéfico influjo
Tierna madre, edades largas
Goza, y en la de tus nietos
Mira tu dicha colmada.
En tanto que este romance
Humilde tributo paga
A tu generoso pecho
De gratitud y alabanza.

Madrid, 8 de Enero de 1870.

Isidra Quesada.—Rosario Rivas.—Presentacion Casani.—Manuela Fernandez de Henestrosa.—Flora Lemery.—Manuela Lemery.—Cármen Solís.—Laura Sartorius.—Concepcion Figuera.—Sofía Bisso.—Matilde Shelly.—Encarnacion de Aranda.

Tan delicado pensamiento fué debido, según se asegura, á la iniciativa de ciertas bellísimas andaluzas, que después de volver locos á todos los muchachos de Madrid, se marchan á las orillas del undoso Bétis, á disfrutar tranquilamente al fruto de las rapiñas que han hecho en nuestras almas.

Es un rasgo característico de la verdadera sociedad española, una reminiscencia de los buenos tiempos del siglo XVII, en los cuales la poesía se asociaba á todas las solemnidades de la vida y era su más preciado embellecimiento.

Como soy tan curiosa, no pude menos de leer el original para enterarme del carácter de letra en que estaba escrito, y puedo decirle, en confianza, que se parece mucho á la escritura de cierto marqués, eminente literato, que firma como presidente las actas de la Academia Española. Poetisas de tal especie necesitaban un amanuense de esa talla.

* * *

Hace algunas noches que después de comer, apoyada en la chimenea, discutía con un diplomático amigo mio sobre la frialdad de las mujeres de su raza.

Desengañese Vd., dije resumiendo; las mujeres del Norte son como el mármol de esta chimenea.

La comparacion es exacta, me contestó con una sonrisa á lo Tayllerand; son como ese mármol; frias, heladas por fuera, ardientes, encendidas por dentro.

* * *

¿Tiene Vd. noticia de cierta comida que ha tenido lugar hace pocos días?

A riesgo de que haya Vd. asistido á ella y se burle de mí, le daré algunos pormenores.

Dícese que todos los concurrentes estaban vestidos de máscara; que había entre ellas una elegante marquesa *Pompadour*, una bella valenciana, una graciosa *Rossini*, una monísima *Marta* y una encantadora *doña Tecla*, nombre que recibió por aclamacion una bella que vestía el provocativo traje de nuestras abuelas. Entre los hombres, dícese que se encontraban un *Edgardo*, un *Alfredo*, un *Mejstáfeles*, y finalmente, un *D. Tadeo*, digno pendant de *doña Tecla*.

Dícese tambien que la comida fué espléndida, que después se hizo alguna música y se bailó un poquito, y que por último, se retiraron los concurrentes ligados mutuamente por la formal promesa de conservar la máscara y no descubrir á los amables anfitriones que habían tenido un capricho tan gracioso como original.

* * *

¿Estuvo Vd. en el baile con que obsequió á sus amigos, en la noche de Reyes, el Sr. D. Alejandro Ramirez de Villaurrutia?

Fue sumamente agradable, asistió mucha gente y terminó á las cuatro de la mañana, retirándose todos sumamente complacidos de la proverbial finura del dueño de la casa y sus amables hijos, que hicieron dignamente los honores de una fiesta tan agradable.

* * *

Una buena noticia.—El martes 11 abrió sus salones el Marqués de Zornoza para sus amigos más íntimos; nos divertimos cordialmente, casi en familia; se bailó mucho y entre el Marqués de Zornoza y la Marquesa de Villaseca, que también daba un baile de confianza, se repartieron aquella noche toda la buena sociedad de Madrid.

La bella Vizcondesa del Dos de Mayo y su amable hermana Paulina nos ofrecieron trasformar la mitad, por lo ménos, de los aciagos mártires, en fastos y deseados días.

* * *

Tan dulce promesa, viene á aumentar el catálogo de las reuniones periódicas que ya han invadido toda la semana.

Los domingos se baila en casa de la Duquesa de P*** y de la Condesa de Reus; los lunes en la embajada Inglesa y en casa de los Condes de Superunda; los martes en casa de O'Shea; los miércoles en casa de mister Sickles, el embajador de los Estados-Unidos; los jueves se lleva la palma la Regencia; los viernes recibe Dolores Carvajal y los sábados los Marqueses de la Vega de Armijo. No puede darse semana mejor aprovechada.

* * *

El viernes 21 asistí á un delicioso baile que tuvo efecto en casa de los Sres. de Ceriola; fue una especie de presentacion oficial de su lindísima hija que viste recientemente el traje largo; la heroína de la fiesta estaba encantadora; es un capullo más que se entreañe en medio de las flores madrileñas, un ángel que ha bajado á tomar puesto entre nuestras hermosas.

* * *

¿Ha notado Vd., amigo mio, la insistencia con que se aproxima á una de las chicas más monas, más listas y más modestas de Madrid, cierto muchacho muy agradable, que goza de grandes simpatías en la buena sociedad?

¡Ustedes los hombres no reparan en esas cosas! Es el acontecimiento de este mes, y yo he tenido un gran placer, porque á ella la quiero mucho y él merece tambien todo mi aprecio. Son dignos el uno del otro.

* * *

Me parece que le he dado á Vd. bastantes noticias y no tendrá queja de mí; las termino anunciándole un baile en casa de la Marquesa de Folleville, una funcion dramática en casa de la Duquesa de Medinaceli, y una reunion para el viernes próximo en casa de la Condesa viuda de Velle; creo que no puedo hacerle mejor despedida.

P.D. Supongo que no volverá Vd. á acordarse de mí para endosarme los encargos que recibe; por su culpa no he ido esta tarde á la Castellana. Basta con una.

* * *

Señor Director de LA ILUSTRACION DE MADRID.
Muy señor mio: Dirá Vd. que esto no es una Revista, abunda en la misma opinion su afectísimo amigo que sus manos besa.

R. CHICO DE GUZMAN.

22 de Enero de 1870.

HABITANTES DE LA NUBIA.

RECUERDOS DE LA EXPEDICION AL ISTMO DE SUEZ.

El rompimiento del Istmo de Suez, esfuerzo heroico del siglo XIX, ha dado ya nutrido asunto y continuará dándolo por mucho tiempo á la pluma del escritor y al lapiz del artista.

Próximos casi al término de su viaje á lo largo del Nilo, y al detenerse en un punto donde aún se levantan las imponentes ruinas de un templo, los invitados á la apertura del Istmo de Suez que formaban parte de esta excursion, se encontraron sorprendidos ante un extraño espectáculo.

Los guerreros de una tribu nubia en número de ochenta ó noventa, envueltos en telas vistosas que dejaban al descubierto parte de sus formas atléticas y de color oscuro, armados de lanzas y espadas y precedidos de músicos que tañian instrumentos de cuerda semejantes á la lira, salieron á saludarlos á la orilla, ejecutando una danza guerrera llena de movimiento y carácter.

Nuestro colaborador y amigo el distinguido pintor don Antonio Gisbert, que invitado por Mr. Lesepps, se encontraba entre los viajeros que pudieron contemplar este magnífico cuadro de costumbres típicas de un país y una raza poco conocida, aprovechando uno de los momentos de reposo, trazó algunas líneas que le recordasen aquella escena. De vuelta de su expedicion, el inteligente artista ha tenido la amabilidad de ilustrar con ellas las columnas de nuestro periódico, dándonos el interesante dibujo que hoy ofrecemos á nuestros lectores.

EL HOGAR.

Será feliz aquel que pueda esconderse en su hogar por pobre que sea.

(MONTAIGNE.)

Huyó la primavera y corrió veloz el verano; el tiempo rueda: los árboles se han desnudado de su verde pompa; el otoño llegó; el invierno se acerca. Las montañas azules están cubiertas de niebla, el prado húmedo y sombrío, la aldea en silencio. Las tejas brillan á los plateados reflejos de la lluvia. Las nubes se empujan y corren obedientes al monótono silbido de los vientos.

No os sorprenda en la calle la noche, porque el aire es cierzo y frío. Antes que la campana dé el lúgubre tañido de las oraciones, es preciso estar en casa. Las noches son largas, pero nada importa; las horas se pasarán brevemente en el hogar.

Nubes de humo trasparente se alzan á la caída de la tarde de las chimeneas en todas las casas. Son vapores de la tierra que van á unirse con los del cielo. Aquellas ondulaciones de blanco y negro, son las respiraciones lentas y tranquilas de otros tantos hogares.

El hogar es como los fumadores entusiastas; aspira felicidad y arroja humo. Aquel humo parece levantarse de la pira de un antiguo sacrificio en honor de alguna divinidad. Es porque el hogar es un templo donde tiene su altar la familia.

Silba el cierzo y en loco torbellino escupe los primeros copos blancos que empiezan á cuajarse en lo alto de la sierra. El cuerpo se queda helado y frío; los ateridos miembros sólo reviven al benéfico calor del hogar. El frío trata del mundo hiela á veces el alma. Al calor del hogar también se cierran las heridas del corazón.

El calor es la vida en el mundo físico, y el espíritu necesita de otro calórico distinto. El amor es al alma lo que el calor al cuerpo, una necesidad imprescindible. El hogar sin amor es una existencia en el vacío.

La lumbre del hogar tiene algo de amorosa y expresiva; razón tiene el vulgo cuando dice: *al amor de la lumbre*. La lumbre del hogar recuerda al amor más puro de todos los amores, el amor de la familia.

No se concibe amor sin familia, ni familia sin hogar. Lo primero no se llama amor, sino vicio. Lo segundo no se llama familia, sino miseria. Vicio y miseria: hé aquí los dos enemigos del hogar que rompen el amor y disuelven la familia.

El hogar vive de recuerdos y esperanzas, porque el hogar es la vida. El hogar lo es todo; pasado y porvenir. En él se respetan los asientos de nuestros padres; en él tendrán lugar los inocentes juegos de nuestros hijos. Es una continuación de la vida: por eso el hogar tiene algo de la severa sublimidad de lo eterno.

El hogar es un círculo pequeño del que nacen las grandes ideas. Contiene dentro de sus muros las dos mayores representaciones de la humanidad: la religión y la patria.

Hogar y patria son ideas correlativas. El hogar es la patria del individuo. La patria es hogar de todas las familias.

El hogar es bendición de la Providencia. ¡Ay del judío que vaga errante! ¡Ay del hijo pródigo de la sagrada parábola! Ambos recorren la tierra sin objeto: los dos no tienen hogares. La maldición de Dios pesa sobre ellos. No tener hogar es estar maldito por el Ser Supremo.

Como el humo que desaparece lentamente por el hueco de las chimeneas, así pasan las generaciones sobre los hogares. No dejan tras de sí más rastro que el del humo; ennegrecer las paredes.

¿Cuál fue la primer lumbre que se encendió en el hogar? ¿Cuál será la última generación que en él viva? Las piedras del hogar son miembros de una familia que también desaparece. ¿Qué hay aquí bajo de eterno?

El hogar reduce el fuego á ceniza; el tiempo reduce á ceniza los hogares. Cuando el impetuoso cierzo lleve en su torbellino las pavesas de la lumbre, acordáos que otro viento ha de esparcir vuestras cenizas y ha de arruinar más tarde las agrietadas paredes del hogar.

Como la lumbre del hogar se extingue, así también se apaga el fuego de las pasiones.

El fuego, el hombre y el hogar, todo al fin terminará en ceniza. Con estas cenizas se edificarán nuevos hogares donde volverá á arder la lumbre y á vivir el hombre.



PEDRO BONAPARTE Y VÍCTOR NOIR.

Todo se acaba y todo vuelve. Hemos llegado al círculo vicioso en que se agita el tiempo. Allí está el infinito.

RICARDO BLANCO ASENJO.

BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVIII.

COLECCION FORMADA É ILUSTRADA POR EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

La *Biblioteca de Autores españoles* que con tan perseverantes esfuerzos viene dando á luz el conocido editor Sr. D. Manuel Rivadeneira, acaba de enriquecerse con un nuevo tomo, primero de los dos que han de formar la colección de poetas líricos del siglo pasado.

Siendo el objeto principal de esta Biblioteca reunir en volúmenes económicos y manuales las obras de nuestros escritores y poetas que despiertan mayor interés, y que se hallan diseminadas en diferentes ediciones unas, y olvidadas, oscurecidas ó inéditas otras, el tomo que acaba de ver la luz pública cumple de lleno su misión al presentar coleccionadas las producciones líricas de un período literario, tal vez el más digno de estudio para los críticos, y seguramente el más desconocido de los aficionados á las letras.

La colección de estas poesías en las cuales se refleja el estado político y social de España en el más triste período de su decadencia, y la lucha del genio nacional vencido al cabo por los elementos extranjeros que todo lo desnaturalizaban, resultaría sin embargo un logogrifo indescifrable para nosotros, si un concienzudo escritor no nos condajese como de la mano por entre el confuso laberinto de una época que, á pesar de su proximidad á la presente, ó tal vez por lo mismo, desconocemos casi por completo.

Hombres ilustrados, así nacionales como extranjeros, han hecho ya particulares estudios acerca del siglo de oro de la literatura castellana. Posteriormente se ha trabajado con afán, y no sin éxito, para trazar con exactitud el cuadro de los esfuerzos intelectuales que en siglos anteriores vinieron preparando aquella magnífica explosión de genio y originalidad: faltaba el estudio filosófico y elevado de la época de decadencia que le siguió, y con la cual, como su derivación inmediata, debe tener la presente, desconocidas y curiosas afinidades.

Para llevar á cabo esta empresa, por muchos conceptos difícil, se necesitaban requisitos que rara vez se reunen en un mismo hombre: la diligencia y la tenaci-

dad propias del erudito que persigue un dato hasta el más oscuro y empolvado rincón de una biblioteca, y la elevación de miras y el criterio peculiares al que siguiendo las evoluciones de la crítica moderna sólo tiene en cuenta esos detalles para generalizar, buscando una síntesis filosófica.

El Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, encargado de tan difícil obra, con una flexibilidad de talento verdaderamente peregrina, ha logrado arrancar los materiales de la cantera, cortar los sillares y levantar el edificio.

El bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII, que preceda al tomo XXI de la colección del Sr. Rivadeneira, no es como ya ha hecho observar otra publicación, un mero bosquejo del asunto que su autor se propone tratar; más afortunado que aquellos otros braccos infatigables de la inteligencia, á quienes sus pesquisas y hallazgos sólo permiten señalar nuevos derroteros al talento de los historiadores, el Sr. Cueto entra en ancho campo que descubre y lo agota bajo todos los puntos de vista, haciendo no ya un bosquejo ó introducción, sino un verdadero libro del cual las poesías que le siguen no vienen á ser más que notas y comprobantes.

Procediendo con el arte y el método de quien no desconoce las exigencias de la moderna crítica, el autor de este trabajo, mer-

ced á un profundo estudio de todos los elementos que lo constituyen, nos presenta el cuadro perfecto de la sociedad del siglo XVIII como fondo de la escena, despues de agrupar los personajes secundarios, evoca los actores que ha de traer al primer término, y dándoles vida, fisonomía y carácter, nos prepara perfectamente para poderlos comprender, luego que puesto punto á su historia suelta la pluma dejando que ellos hablen por medio de sus poesías.

De la severa imparcialidad con que juzga estas mismas poesías, sacando á unos autores del injusto olvido en que yacían envueltos y haciendo bajar á otros del pedestal en que una rutinaria tradición los había colocado, sólo podríamos dar exacta idea, entrando en el análisis de un libro que ni su seriedad ni sus especiales condiciones, permiten juzgar sin más sosiego y espacio del que nos es posible disponer en este momento.

G. BÉCQUE.

JEROGLÍFICO.

